

GASPAR FERNÁNDEZ CUESTA Y JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ PRIETO

Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo

La distribución de la industria en España: pautas regionales y cambios recientes

RESUMEN

La industria española ha pasado, durante la década de 1980, por un proceso de reestructuración que ha dado lugar a cambios importantes en su distribución espacial. Cambios que se cuantifican y se representan gráficamente a partir de una novedosa cartografía de base municipal.

RÉSUMÉ

La distribution de l'industrie en Espagne: modèles régionaux et changements récents.- L'industrie espagnole a subi pendant les années 1980 un processus de restructuration qui a abouti à d'importants changements dans sa distribution spatiale. Ceux-ci ont été quantifiés et représentés graphiquement en s'appuyant sur une cartographie à l'échelle municipale très peu utilisée jusque maintenant.

ABSTRACT

The spatial distribution of industry in Spain: regional models and recent changes.- The Spanish industry has known a restructuration process during the 1980 decade which produced considerable effects on its spatial distribution. These changes have been quantified and mapped using an innovating cartography of municipal scale.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Industria, cartografía, desequilibrios territoriales, España.
Industrie, cartographie, déséquilibres territoriaux, Espagne.
Industry, cartography, spatial imbalances, Spain.

I INTRODUCCIÓN

LA REALIZACIÓN de una cartografía representativa de la distribución de la industria entraña en España graves problemas, debido a la baja calidad y a la escasa desagregación espacial de las fuentes de información; es decir, por cuestiones que afectan a la misma esencia de la cartografía temática que pretende representar la distribución espacial cuantitativa de un fenómeno cualquiera.

Es difícil encontrar publicaciones que refieran sus datos a unidades espaciales más pequeñas que las provincias. Excepciones hay, como el Censo Agrario, que utiliza la comarca agraria como unidad censal, o el Nomenclátor, que desagrega la información según entida-

des de población, pero son sólo eso, excepciones. Lo normal es que la información venga recogida por provincias. Así ocurre, a grandes rasgos, con una de las fuentes más importantes para el análisis territorial de la actividad económica, el Censo de Locales, elegida para obtener la información general en la que debía sustentarse nuestra investigación.

Esta fuente, publicada por el Instituto Nacional de Estadística (INE), sólo ofrece información pormenorizada sobre la industria para el conjunto de las provincias, siendo una excepción en este sentido la publicación correspondiente al Censo de 1980, pues posee también información para los municipios que superan los 50.000 habitantes; información ésta última que desapareció en 1990.

Siendo nuestra intención realizar una cartografía temática de base municipal, y siendo además ésta la fuente que, con carácter general, ofrece la mejor información sobre el volumen de empleo y el tamaño de las empresas según ramas de actividad, tuvimos que recurrir directamente al INE para que nos proporcionase la información de base utilizada para realizar el Censo de Locales, que sí está desagregada por municipios y que, además, está disponible en soporte informático.

La utilización de información de base municipal constituye una de las aportaciones más significativas de nuestro trabajo. Para hacernos una idea de la importancia de este hecho basta con recordar que en España existen más de 8.500 entidades locales, es decir, un volumen suficiente de unidades de información como para que su tratamiento sea ciertamente complejo. Buena prueba de esta complejidad es que el *Atlas Nacional de España* ha optado por la utilización de las provincias como unidad mínima de información. Unidad que sólo en contadas ocasiones ha sido sustituida por otra de mayor escala.

El uso y manipulación de una información tan compleja como la citada sólo ha sido posible mediante el empleo de programas informáticos capaces de compatibilizar el manejo y de correlacionar bases de datos numéricas y espaciales, es decir, mediante la utilización de un SIG. En nuestro caso concreto la cartografía ha sido realizada en una estación de trabajo SUN en la que se encuentra instalado el programa ArcInfo.

II EL PROCESO RECIENTE DE INDUSTRIALIZACIÓN

Con anterioridad a la aparición de los primeros síntomas de la Revolución Industrial las ciudades tenían un tamaño reducido, eran escasas y se encontraban aisladas. Generaban una estructura territorial laxa, en la que la dispersión era la norma y la concentración la excepción. Con la llegada de la Revolución Industrial estas estructuras tendieron a modificarse para adaptarse a las necesidades del sector industrial.

Las nuevas formas de producir tuvieron una difusión muy rápida, de manera que, aunque recientes, sus efectos ya se han extendido por el mundo entero. Y lo han hecho no de una forma somera, sino actuando en profundidad sobre las estructuras territoriales de los lugares a los que llegaban; provocando cambios espaciales de una magnitud incomparable a los introducidos por cualquier otro fenómeno acontecido con anterioridad.

En España, el desarrollo de la actividad industrial se remonta a mediados del siglo XIX, con la llegada de las primeras innovaciones que permiten mecanizar los procesos de fabricación textil; obtener hierro y acero a partir de hornos altos alimentados con cok; o, simplemente, comenzar a construir la red ferroviaria. Se trata, pues, de una industrialización no muy tardía, tal y como podría deducirse, erróneamente, del desfase industrial que tuvo nuestro país hasta fechas muy recientes; de una industrialización que llegó poco después de que dejara su sello en los países que protagonizaron la Revolución Industrial, como Inglaterra, Holanda, Bélgica etc y casi al mismo tiempo que se sintieron los primeros efectos en países igualmente pioneros, como Alemania, Francia o Suecia. Ahora bien, la fase álgida del crecimiento industrial, la que permite que España se convierta en un país industrial, sólo se inicia en la década de los cincuenta del presente siglo, más de 100 años después de que se manifestaran los primeros síntomas del fenómeno, tal y como parece ser admitido por casi todos los estudiosos del tema (GARCÍA DELGADO, TORTELLA, CARRERAS, etc).

Con anterioridad a esta época, a pesar del relativo fracaso industrializador del siglo XIX, habían comenzado a aparecer los primeros cambios en la estructura territorial, visibles sobre todo en las modificaciones sufridas por la morfología urbana. Ahora bien, estas alteraciones son el preludio de las que acontecieron a partir de la década de los cincuenta del presente siglo. Sólo a partir de entonces comienza a ser sustituida la estructura territorial vigente, de carácter dual, en la que convivían fábricas aisladas en las áreas más privilegiadas junto a amplios espacios organizados en torno a la agricultura tradicional, por otra de carácter industrial.

Muchas son las causas que contribuyen a esta transformación, pero tal circunstancia no impide citar algunas de ellas, tales como la política agraria de la década de los cincuenta, la buena coyuntura internacional mantenida durante todo el tiempo que duró la fase álgida de la industrialización, o el Plan de Estabilización de 1959.

A principios de los cincuenta, con la llegada de Rafael Cavestany al ministerio de Agricultura, la política agraria va a ser modificada con la finalidad de terminar con los problemas característicos de la época anterior, específicamente el estrangulamiento del sector y su incapacidad para satisfacer la demanda interna de alimentos.

Se tomaron entonces medidas tendentes a favorecer el incremento de la productividad de la tierra, y con ella

el de la producción total y el de las rentas agrarias. Se comenzó con la liberalización del mercado de granos, sometido hasta ese momento a precios de referencia políticos que provocaron la reducción de la tierra labrada por parte de los agricultores (BARCIELA LÓPEZ, C., 1986), y se continuó con la puesta en práctica de diferentes políticas de colonización, que mejoraron tanto la productividad de la tierra (planes de riego, concentración parcelaria, etc), como la comercialización de la producción (construcción de la red de silos para el grano). Estas medidas no tardaron en rendir frutos y el campo español pasó por una de las fases más brillantes de su historia reciente, la etapa dorada de la agricultura tradicional (BARCIELA LÓPEZ, C., 1986).

La mejora en las condiciones de la producción, así como una política de precios favorable a los productos agrarios, alentó la acumulación de rentas que se dirigieron al sector industrial en demanda de todo tipo de insumos (abonos, fertilizantes, maquinaria y otros aperos, etc), pero también en búsqueda de una rentabilidad mayor que la que podían obtener dentro del propio sector. En cualquier caso fueron rentas que estimularon el desarrollo de un sector industrial tradicionalmente acosado por la escasez de la demanda interna y por la penuria de capitales capaces de relanzar la inversión privada.

La coyuntura internacional, por su parte, jugó un importante papel debido a diferentes factores. Entre ellos, los bajos precios de la energía en los mercados internacionales, lo que facilitó que nuestro país pudiera modernizar su aparato productivo sin necesidad de gravar aún más el déficit crónico de la balanza comercial, y el rápido ritmo de crecimiento que también caracterizaba a otras economías desarrolladas. Este último hecho favoreció el crecimiento de nuestras exportaciones, la salida de los excedentes de mano de obra, que encontraron en los países europeos un buen lugar de destino, y la llegada de un número cada vez mayor de turistas. Fenómeno éste que permitió construir el sector exportador más importante de la economía española y, al mismo tiempo, acumular divisas suficientes para hacer frente a una balanza comercial muy deficitaria, acuciada por las importaciones de bienes de capital que nos eran imprescindibles para asegurar el desarrollo.

Por último, hay que mencionar que después del largo período autárquico (1939-59) por el que pasó la economía española al finalizar la Guerra Civil, el primer gobierno tecnocrático de Franco, acuciado por una crisis económica de alcance que había puesto al país en una situación de virtual suspensión de pagos internacionales, decidió, apoyado por el Fondo Monetario Interna-

cional (FMI), elaborar un duro Plan de Estabilización.

Este Plan, que entró en vigor en 1959, se fijaba como objetivos la corrección de los desequilibrios estructurales de la economía española, la liberalización de los procesos productivos, y su apertura a los mercados internacionales. Para lograrlos impulsó la caída de las barreras arancelarias que habían protegido a los sectores básicos de la industria española en las décadas anteriores (textil, siderúrgico y minero), lo que obligó a que todo el aparato industrial se modernizase. Para hacer frente a la competencia exterior, la industria no tuvo más remedio que entrar en la vía de la modernización, de la reducción de costes, ya que era la única alternativa válida si quería conservar sus mercados y, por tanto, sus niveles de producción.

De la magnitud de las consecuencias que tuvieron sobre el sector industrial todos estos hechos son buena prueba las modificaciones habidas en los grandes agregados económicos entre 1959 y 1974. Durante estos quince años nuestro país pasó por un proceso de crecimiento industrial sin precedentes, con una tasa de crecimiento medio anual superior al 7% (GARCÍA DELGADO, J. L., 1987), que le permitió transformar sus estructuras económicas y generar un importante sector industrial, que además sirvió de estímulo al crecimiento del conjunto de la economía.

El desarrollo del sector industrial puede cuantificarse a partir de los datos elaborados por Albert Carreras (1990). Según valoración de este autor, en la que toma como año de referencia el de 1929 (valor 100), el Índice de Producción Industrial (IPI) tenía un valor de 196 en 1955 y de 272 en 1960. Refleja, pues, un cierto crecimiento industrial durante la década de los cincuenta que, sin embargo, no tiene parangón con el que tuvo lugar durante los años siguientes. En efecto, en 1967 el índice había crecido hasta el 572, duplicando con creces el de siete años antes, hecho éste que volvía a repetirse en los seis años siguientes, permitiendo alcanzar en 1973 un índice de 1.036.

Si ahora comparamos los valores extremos citados, tenemos que la capacidad de producción industrial se había multiplicado, en menos de veinte años, por 5,3. (Cuadro I).

El crecimiento del sector industrial también se hizo patente en la evolución del empleo y del PIB. En los catorce años que transcurren entre 1960 y 1973 se crearon en España 1.150.000 empleos industriales, es decir una tercera parte de los que se había logrado crear en toda la historia anterior; además la producción industrial se

CUADRO I. Evolución del PIB y del empleo industrial español en 1955, 1960, 1967 y 1973

	1955	1960	1967	1973
PIB industrial (millones pts)	160.330	168.682	284.980	438.691
Empleo industrial	3.445.034	3.720.468	4.420.209	4.873.610
IPI (base 100 en 1929)	196	272	572	1.036

Fuentes: PIB y empleo, Banco de Bilbao; IPI, Carreras, 1990.

multiplicó por 2,6. Por otro lado, estos hechos tuvieron su reflejo en las estructuras respectivas del empleo y del PIB sobre todo en la reducción relativa del sector agrario el cual, entre 1955 y 1975, redujo su participación en el empleo desde el 48% hasta el 26%, y en el PIB desde el 38% al 10% (BANCO DE BILBAO).

El fuerte crecimiento industrial del período 1959-1974 estuvo acompañado de una importante modernización del aparato productivo que permitió operar con costes de producción cada vez más bajos y aumentar la capacidad de competencia. La modernización tuvo dos pilares que creemos fundamentales. Por un lado se encontraría el continuo crecimiento de las unidades de producción, las cuales pudieron así beneficiarse de importantes economías de escala. Por otro estaría la división del trabajo, la cual permite aumentar la destreza de la mano de obra y reducir sus tiempos de desplazamientos, pero además genera una mayor divisibilidad de los factores de producción que facilita los procesos de mecanización. Fenómenos todos ellos que permiten aumentar la productividad del factor trabajo.

La búsqueda de economías de escala, como la división del trabajo, impulsó la modernización del sector industrial por la vía de la reducción de costes, pero además provocó la aparición de una nueva lógica espacial de la actividad económica, basada en el desarrollo a partir de grandes áreas de crecimiento, que generó, a medio y largo plazo, profundas desigualdades territoriales.

En el caso de las economías de escala, porque siempre que el tamaño de las fábricas crece a un ritmo más rápido que la demanda del bien que fabrican su número tiende a reducirse. En el caso de la división del trabajo, porque la misma da lugar a una creciente diversificación de la producción industrial que, a su vez, genera la aparición de un número cada vez mayor de industrias dedicadas a fabricar bienes intermedios, es decir, bienes consumidos por el mismo sector industrial. En un primer momento, este fenómeno permite que tenga lugar una descentralización técnica del entramado empresarial; pero más adelante favorece la concentración espacial

de las actividades afectadas, por cuanto todas ellas pueden obtener importantes beneficios (en forma de reducciones de costes) con el sólo hecho de acercarse las unas a las otras. En realidad lo que ocurre es que la descentralización técnica favorece la aparición de economías de aglomeración, cuya búsqueda tiende a juntar espacialmente las unidades productivas que habían sido separadas en el anterior proceso de división empresarial. Podemos decir, pues, que la modernización del aparato productivo tuvo también como consecuencia la aparición de un nuevo modelo de crecimiento basado en la concentración, tanto empresarial como demográfica.

La supervivencia del nuevo modelo de crecimiento, así como sus consecuencias sobre la distribución espacial de la actividad económica y de los efectivos demográficos, no sólo estuvo asegurada por la propia dinámica del aparato productivo; se vio fortalecida también por otro tipo de cuestiones ajenas a ella. Nos estamos refiriendo a la penuria de la infraestructura viaria de nuestro país a lo largo de todo el proceso industrializador, así como a determinadas medidas de política económica que no hicieron más que favorecer las tendencias concentradoras impuestas por el nuevo modelo de desarrollo.

El estado lamentable en el que se encontraban las vías de comunicación de nuestro país durante la etapa de la industrialización hacía que fuesen muy elevados los costes de transporte que debían de pagar las empresas para asegurarse el suministro de materias primas y para poder llevar sus productos elaborados a los mercados de consumo. En unas condiciones así, lo más fácil para las empresas era intentar «reducir el espacio», y la forma más sencilla de hacerlo era concentrar en unos pocos lugares privilegiados la mayor parte de la oferta (aparato productivo) y de la demanda (población).

En lo que respecta a la política económica debe recordarse que durante la época del desarrollismo el objetivo de apertura económica buscado por el Plan de Estabilización tuvo a uno de sus mayores enemigos (FUENTES QUINTANA, E., 1993) en algunas medidas tomadas y

CUADRO II. *Cambios en la distribución provincial de la producción total neta, entre 1955 y 1975 (en millones de pts corrientes)*

PROVINCIAS	1965		1975	
	PIB	% sobre España	PIB	% sobre España
10 provincias más pobres	26.028 (1)	6,2	249.765 (2)	4,4
5 provincias más ricas	166.155 (3)	39,3	5.653.211 (3)	45,0

(1) Albacete, Álava, Almería, Ávila, Cuenca, Guadalajara, Huesca, Segovia, Soria y Teruel.

(2) Albacete, Ávila, Cuenca, Guadalajara, Huesca, Palencia, Segovia, Soria, Teruel y Zamora.

(3) Asturias, Barcelona, Madrid, Valencia y Vizcaya.

Fuente: Banco de Bilbao. *Renta de España 1955-1975*.

ejecutadas desde el propio aparato del Estado, en concreto en la definición de tres planes de desarrollo consecutivos. Estos planes tenían como finalidad marcar los objetivos que deberían ser cumplidos, tanto por el sector público como por el privado, en materia de producción e inversiones. Pero además, sirvieron para definir una política territorial que primaba el desarrollo general del país a partir de la concentración de las inversiones en determinadas áreas privilegiadas. Eran éstas los Polos de desarrollo que se crearon en ciudades como La Coruña, Valladolid, Burgos, Vitoria, Pamplona, Zaragoza o Huelva por citar sólo algunos de los casos más significativos.

Los efectos de la política económica se sumaron así a los provocados por las malas condiciones de las vías de comunicación y por la lógica de un aparato productivo que basaba buena parte de su potencial en la construcción de grandes aglomeraciones económicas, para dar lugar a un modelo de desarrollo que favoreció el aumento inusitado de las desigualdades territoriales. Estas desigualdades quedaron plasmadas en la riqueza relativa de las diferentes regiones y provincias, pero además en las diferencias comarcales que comenzaron a aparecer en el interior de cada región.

Así, es cierto que en 1955, es decir antes de que comenzase el período álgido de la industrialización, las diez provincias españolas más pobres sólo producían el 6,2% de la riqueza nacional y que, en contrapartida, el 39,3% de la misma se concentraba en las cinco más ricas (Barcelona, Madrid, Valencia, Vizcaya y Asturias). Pero no es menos cierto que tan sólo veinte años más tarde, en 1975, las provincias más pobres habían reducido su participación hasta el 4,4%, y las más ricas (que seguían siendo las mismas) la habían incrementado hasta el 45%. Ello representa, en el primer caso, una pérdida del 27% de su potencial relativo original, y, en el segundo, una ganancia de más de seis puntos porcentua-

les, significativa de que habían sido capaces de crecer a un ritmo superior a la media nacional y de esa forma absorber la renta relativa que perdían de forma progresiva la práctica totalidad del resto de las provincias españolas. (Cuadro II).

El nuevo modelo de producción, basado en la concentración de la actividad económica, también dio lugar a la aparición de corrientes migratorias de una enorme intensidad, con origen en los municipios más pequeños (por eso también los más pobres según la nueva lógica del capital), y con destino en las mayores ciudades de cada provincia que, salvo raras excepciones, eran también sus capitales.

Al principio las corrientes emigratorias pudieron ser compensadas con los excedentes demográficos aportados por un crecimiento vegetativo muy alto (el más alto de la historia de España); sin embargo la situación no duró muchos años, a causa del efecto negativo que sobre la capacidad de reproducción de las áreas emisoras tuvieron dos fenómenos: el envejecimiento de la población y la caída de las tasas de fecundidad. El envejecimiento fue una consecuencia lógica del propio proceso emigratorio, ya que éste afectó de forma selectiva a la población adulta-joven y ello provocó una disminución de las tasas de natalidad; la caída de las tasas de fecundidad, por su parte, es un fenómeno de carácter general, que afectó a todo el país después de que se hubiera pasado por la fase álgida de la transición demográfica.

Una vez que se consolidó la caída simultánea de las tasas de natalidad y de fecundidad, los municipios más pequeños entraron en una dinámica de pérdida continua de población, cuya manifestación más exagerada es la paulatina despoblación, la desertización, de grandes áreas en el interior de la práctica totalidad de las regiones españolas; precisamente de aquellas más pobres y con más problemas para recuperar el tiempo perdido.

Según los datos que facilita el INE a través de sus Anuarios, entre 1900 y 1950 el número de municipios de menos de 100 habitantes pasó de 19 a 64 y el de más de 100.000 habitantes de 6 a 24. Al mismo tiempo la población de estos últimos se incrementaba en 5.064.022 personas. Entre 1950 y 1980, sin embargo, el número de municipios de menos de 100 habitantes llegó a los 682 y el de más de 100.000 a los 50. Además el aumento absoluto de la población de estos últimos se cifró en 9.122.905 habitantes, lo que representaba una cifra sensiblemente superior a la población de esos municipios en 1950 (6.740.370 habitantes). Es decir, en treinta años las mayores ciudades españolas habían incrementando sus efectivos en mayor medida en la que lo habían hecho en toda su historia anterior.

Se ponía así de manifiesto un movimiento demográfico de doble sentido: por un lado comenzaban a desdoblarse las áreas marginales, incapaces de mantener sus efectivos de población a pesar incluso de mantener elevadas tasas de crecimiento vegetativo, y, por otro, se agudizaba la concentración de la población en las mayores ciudades, que ya no sólo crecían como consecuencia de sus elevadas tasas de crecimiento vegetativo sino además por la recepción de un flujo cada vez más intenso de inmigrantes. Las mayores ciudades españolas que poseían en 1960 el 24,7% de la población nacional concentraban veinte años después el 42% (*Anuario Estadístico de España*, varios años).

La larga etapa de crecimiento industrial iniciada en 1959 no duró hasta 1980; se vio frenada de pronto por una crisis económica de gran alcance achacada, en última instancia, a la subida que experimentó el precio del petróleo en los mercados internacionales a partir del año 1973.

Esta subida impulsó al alza los costes de producción y, por tanto, los precios de los bienes industriales fabricados en los países occidentales, que de esta forma perdieron capacidad de competencia en los mercados internacionales. La situación fue aún más grave en España, que iniciaba entonces su proceso de transición hacia un gobierno democrático, y que tenía además una estructura industrial más precaria que la de sus vecinos europeos. En consecuencia nuestro país entró en una profunda crisis económica, visible sobre todo en la pérdida de puestos de trabajo y en el aumento imparable de las tasas de paro y de los índices de inflación, de la que no pudo salir hasta mediados de la década de los ochenta.

Con todo, la crisis no paralizó el proceso de transformación de las estructuras territoriales que se había

iniciado en la anterior fase expansiva, y los desequilibrios siguieron agudizándose durante toda la década de los setenta. Ya hemos visto algunos datos al respecto que además pueden ser corroborados con la evolución de la población de las mayores ciudades de cada provincia que salvo algunos casos contados (Jerez, Gijón, Vigo y Talavera) coinciden con las capitales; signo inequívoco de la trascendencia que tienen algunas actuaciones políticas sobre la organización del territorio, en este caso, la división provincial realizada por Javier de Burgos.

Durante la década de 1970 el conjunto formado por las mayores ciudades de cada provincia vio incrementar sus efectivos demográficos en más de 1,8 millones de personas, y con ellos su participación en el total de la población española que pasó del 36,4 al 37,8%. La concentración de la población en el mayor núcleo de la provincia fue un fenómeno de carácter general que afectó a todas ellas excepto a Madrid, Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa, Valencia y Las Palmas; es decir en aquellas en las que una buena parte del crecimiento reciente impulsado por sus capitales fue absorbido por ciudades satélite situadas en torno a ellas.

En 1970 catorce de las cincuenta provincias españolas concentraban un tercio o más de su población en la mayor de sus entidades urbanas; en 1980, ese número había ascendido hasta 23. De ellas destacaban los casos de Vitoria, Madrid, Valladolid y Zaragoza que concentraban en torno al 70% de la población provincial. En el otro extremo se situaban Badajoz, Cáceres, Jerez, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Lugo, Teruel y Talavera que no llegaban a aglutinar ni el 20% de la población de sus respectivas provincias. Se trataba en todos los casos, excepto en los de Gerona y Cádiz, de provincias poco industrializadas, con un sector agrario todavía importante en términos relativos, que, por esa razón, mantenían una estructura territorial heredera del pasado, caracterizada por una distribución relativamente uniforme de sus recursos.

III

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA EN 1980

La estructura del sector industrial español, así como su distribución espacial, eran, a comienzos de la década de los ochenta, el resultado de la dinámica económica que había vivido nuestro país durante las dos o tres décadas anteriores, caracterizada por la introducción de mejoras importantes en el aparato productivo las cuales,

a su vez, habían permitido una división eficiente del trabajo y un aumento del tamaño de las empresas. Esto explica la amplia gama de bienes que producía el sector en 1980, y específicamente el peso de las industrias de bienes intermedios. Como también explica una distribución espacial muy contrastada en la que coexistían pequeñas áreas de desarrollo intensivo, muy dinámicas y con un elevado potencial económico, con grandes áreas poco industrializadas salpicadas, en el mejor de los casos, por pequeños centros fabriles, cuyo desarrollo había estado ligado, casi siempre, a la instalación de una sola empresa que había actuado como foco de atracción para la instalación de otras actividades complementarias.

1. LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES DE CARÁCTER ESTRUCTURAL

Según el Censo de Locales de 1980 la industria española empleaba a 2.829.833 personas que se distribuían de forma desigual entre los diferentes sectores de actividad. Se trataba de una industria recién construida en el rápido proceso de industrialización que había tenido lugar entre 1960 y 1974, pero que ya había tenido que pasar por una profunda crisis en la que todavía se encontraba inmersa. Hechos ambos que marcan el carácter de su estructura interna.

Como ya hemos visto, el proceso de industrialización tuvo uno de sus pilares fundamentales en una rápida división del trabajo que, a su vez, multiplicó la importancia de las industrias productoras de bienes intermedios. Aunque no disponemos de información sobre el volumen de bienes intermedios de cada sector, su importancia genérica queda corroborada por el desarrollo alcanzado por las industrias básicas. Éstas ocupaban el segundo lugar por el volumen de empleo entre los sectores industriales, concentrando el 18,6% del mismo.

Por otro lado, la división del trabajo y el consiguiente aumento de la productividad favoreció el desarrollo de un importante sector de industrias metálicas de transformación (primero en importancia por el volumen de empleo generado) que no sólo permitió hacer frente a la creciente demanda interior de aparatos eléctricos por parte de las familias, sino además, sustituir, en parte, la importación exterior de bienes de capital. En el año citado este subsector empleaba al 21,5% de la mano de obra industrial.

Ateniéndonos al volumen de empleo, los sectores industriales de mayor importancia después de los dos citados eran el alimentario y el textil, los cuales aglutina-

ban, de forma individual, en torno al 14% del empleo. Se trata de dos sectores que producen bienes de primera necesidad, cuyo desarrollo había estado ligado al incremento experimentado por las rentas y, en consecuencia, por la demanda interna a medida que se consolidaba el propio proceso industrializador.

En un tercer grupo, se situaban las industrias encuadradas en el epígrafe genérico denominado «otras industrias» y además las productoras de material de transporte, cada una de ellas con un volumen de empleo que rondaba el 9% del total. En este último caso se trata de un sector que conoció un fuerte impulso durante las dos décadas anteriores, a instancias del desarrollo conjunto de la demanda y de la oferta internas. La demanda creció promovida por la mejora de los niveles de vida de las familias, las cuales comenzaron a dedicar partes cada vez mayores de su renta a la compra de medios de transporte, pero además por la progresiva integración del territorio nacional en un único mercado, pues ello aumentó la demanda de transporte procedente del propio aparato productivo. La oferta, por su parte, creció impulsada por la inversión extranjera que buscaba hacerse un hueco en el nuevo mercado en expansión.

Por último con una importancia mucho menor estaban la industria del papel y las artes gráficas (5% del empleo industrial), el sector de servicios a las empresas (4,4%), la producción de energía (2,3%) y la minería (2,0%). Se trata de actividades diversas. Unas en claro proceso de regresión, como ocurre con la minería que entra en una fase de crisis permanente, parece que irreversible, a partir de la liberalización de la importación de carbón extranjero, lo que ocurre con la entrada en vigor del Plan de Estabilización de 1959; otras con una productividad muy alta, capaces, por tanto, de satisfacer la demanda nacional con bajos volúmenes de empleo, como ocurre con el sector energético; otras son productoras de bienes que no satisfacen necesidades primarias, como las artes gráficas, cuya demanda sólo se desarrolla en economías más avanzadas que ya han colmado sus necesidades de productos básicos y pueden dedicar una parte de su renta a la compra de bienes prescindibles; y otras, en fin, son actividades cuyo desarrollo corresponde a una fase de organización industrial más avanzada, como es el caso de las servicios a las empresas. Éstos han conocido un impulso definitivo, como veremos más adelante, en la década posterior, precisamente en los años en los que nuestra economía tuvo que afrontar un duro proceso de ajuste y modernización para tratar de salir de la profunda crisis en la que se encontraba inmersa.

CUADRO III. *Distribución del empleo por municipios, según umbrales de población, en 1980*

Umbrales	Número de municipios	Superficie	Población	Empleos industriales	Empleos terciarios	Empleos totales
> de 500	3.576	112.832	602.203	25.668	55.113	80.781
501-1.000	1.265	66.473	908.150	45.895	62.465	108.360
1.001-5.000	2.128	173.967	4.846.928	324.229	366.370	690.599
5.001-10.000	513	63.313	3.524.103	255.873	*294.019	*549.892
10.001-25.000	348	50.777	5.287.469	423.846		
25.001-50.000	89	16.495	2.959.316	279.273	856.382	1.559.501
50.001-100.000	53	8.759	3.521.466	269.752	429.949	699.701
100.001-250.000	33	7.551	5.090.699	352.867	714.589	1.067.456
250.001-500.000	11	3.364	3.329.811	239.003	479.767	718.770
501.000-1.000.000	4	1.753	2.499.568	158.866	379.361	538.227
Barcelona	1	98	1.754.900	205.571	358.357	563.928
Madrid	1	605	3.188.297	239.990	632.232	872.222
	8.022	505.987	37.512.910	2.820.833	4.628.604	7.449.437

Fuente: INE. *Censo de locales de 1980; Anuario estadístico. 1981.*

* Empleo correspondiente a los municipios que tenían entre 5.001 y 25.000 habitantes.

2. LA DISTRIBUCIÓN GENERAL DE LA INDUSTRIA POR MUNICIPIOS, CLASIFICADOS SEGÚN UMBRALES DE POBLACIÓN

Los casi tres millones de empleos que proporcionaba la industria española en 1980 implicaban que 7,5 españoles de cada 100 trabajaran en el sector industrial (la población española era entonces de 37.512.910 habitantes), y también que la densidad de empleos industriales por kilómetro cuadrado de superficie ascendiera a 5,6. (Cuadro III).

Ahora bien, como ocurre siempre que se utilizan grandes unidades espaciales, las cifras medias escondían la verdadera distribución de la industria española, sometida a una fuerte concentración y causante, por tanto, de fuertes desequilibrios territoriales. Fuertes desequilibrios que, además, se habían acusado de forma alarmante durante las décadas inmediatamente precedentes, coincidiendo con el definitivo despegue de la Revolución Industrial en nuestro país.

De los 8.022 municipios censados en 1981, 4.841 (el 60%) no alcanzaban los 1.000 habitantes. Estos últimos municipios ocupaban una superficie de más de 179.000 kilómetros cuadrados (35,4% del territorio nacional) pero sólo disponían del 4% de la población (1.510.353 personas) y, lo que es más grave, del 2,5% de los empleos industriales (189.141). Esto representaba una densidad industrial de un empleo por kilómetro cuadrado, casi seis veces inferior a la media nacional.

La antítesis de esta situación era la representada por los municipios de más de 50.000 habitantes. Estos municipios tan solo eran 103 y la superficie que ocupaban estaba reducida a poco más de 22.000 kilómetros cuadrados (4,4% del total español). Ahora bien, concentraban el 51,7% de la población española y el 52% de los empleos industriales. En este caso, la densidad industrial media ascendía a 887 empleos por kilómetro cuadrado, 158 veces superior a la media española.

La magnitud de estas disparidades es verdaderamente descomunal; a pesar de ello no son las más patéticas de las desigualdades ocasionadas por el proceso industrializador. Las encontramos aún mayores cuando utilizamos datos globales referidos al conjunto de la actividad económica. Así, los municipios de más de 50.000 habitantes, que concentraban el 52% de los empleos industriales, aglutinaban el 65% de los empleos terciarios y poseían una densidad de 203 empleos no agrarios por kilómetro cuadrado, cuando la media nacional era sólo de 15.

De las cifras expuestas con anterioridad, es fácil deducir que las diferencias territoriales ocasionadas por la lógica que dirigió el comportamiento espacial de la industria durante la etapa álgida del desarrollismo fueron de una enorme magnitud. Con todo, dichas cifras no reflejan con exactitud el verdadero alcance del fenómeno, pues, en la práctica, sus valores están mitigados por diferentes hechos.

Por un lado, tenemos que buena parte de la industria de las mayores ciudades se encuentra fuera de su término municipal, después de haber sido expulsada hacia localizaciones periféricas por los elevados precios del suelo urbano. Fenómeno éste que, como es obvio, tiende a minimizar la magnitud real de la concentración industrial que existe en dichas ciudades, cuando se utilizan fuentes de información cuya unidad de cuenta se corresponde con entidades administrativas, léase municipios.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que algunas actividades fabriles obtienen importantes economías externas instalándose en la cercanía de los lugares en los que se extraen las materias primas que transforman, lejos, casi siempre, de las grandes aglomeraciones urbanas. Estas industrias tienden a generar distribuciones bastante más difusas que la media industrial y, en consecuencia, reducen los valores de los índices utilizados para medir la concentración. Reducción que tiene importancia por cuanto está motivada por ramas industriales (agroalimentarias, de la madera, de materiales de construcción, etc) que casi siempre poseen una capacidad para generar renta y empleo inferior a la media.

3. LA DISTRIBUCIÓN SECTORIAL DE LA INDUSTRIA POR MUNICIPIOS, CLASIFICADOS SEGÚN UMBRALES DE POBLACIÓN

Como ya hemos anticipado en el punto anterior, la distribución espacial de la industria varía mucho de unos sectores a otros, estando dirigida en cada caso por factores de localización específicos que dan lugar a situaciones muy diversas. Así, por ejemplo, los servicios a las empresas tienden a concentrarse en las mayores ciudades y poseen el 77% de su empleo en los municipios de más de 100.000 habitantes. En contrapartida, la industria alimentaria tiende a dispersarse más y sólo posee en los municipios citados el 33% del suyo. En razón de estas diferencias de comportamiento las actividades fabriles pueden dividirse en cuatro grandes grupos:

El primero estaría compuesto por las industrias alimentarias, las textiles, la minería y las integradas en el epígrafe genérico «otras industrias», y se caracterizaría por tener una distribución poco concentrada, inferior a la media industrial. Ello se hace evidente en que los valores de concentración correspondientes a los municipios de menos de 50.000 habitantes son mayores que la media industrial. El 60% de los empleos de la industria alimentaria, el 57% de las textiles, el 63% de otras industrias y el 71% de los mineros, se encontraban en los

municipios de menos de 50.000 habitantes, a pesar de que estos últimos tan sólo poseían el 48% del total del empleo industrial.

El segundo grupo, estaría integrado por los sectores de artes gráficas, material de transporte y servicios a las empresas, y se caracterizaría por agrupar a industrias cuya concentración en las grandes urbes es mayor que la media. Los municipios de más de 50.000 habitantes poseían el 52% del empleo industrial, pero sin embargo concentraban el 68% del empleo en artes gráficas, el 73% del existente en la industria de material de transporte y el 85% del empleo de los servicios a las empresas. Es decir del sector más productivo y, a la vez, con menores requerimientos de suelo.

En el tercer grupo estarían las industrias básicas, y las de transformados metálicos. Se trata de industrias relativamente contaminantes que además tienen grandes requerimientos de suelo. Por esa razón son expulsadas de las mayores aglomeraciones al mismo tiempo que huyen ellas mismas para evitar los elevados precios del suelo. Se localizaban preferentemente en los municipios de tamaño medio con poblaciones comprendidas entre 10.000 y 250.000 habitantes.

El cuarto y último grupo estaba integrado por las industrias metálicas de transformación y por la industria de la energía. La primera tiene una distribución bastante aleatoria, repartiéndose por el conjunto de los municipios de una forma similar a como lo hace el conjunto de la industria. La segunda por su parte, posee una distribución atípica. Sus mayores grados de concentración relativa tienen lugar en los municipios más pequeños, los menores de 5.000 habitantes (17% del empleo energético frente al 14% del empleo industrial), y, al mismo tiempo, en los más grandes, los que poseen más de 100.000 habitantes (54% frente a 43%), lo que sin duda se encuentra relacionado con el hecho de ser una actividad que separa espacialmente dos fases del proceso: la producción y la distribución. Mientras que, por razones obvias (aprovechamiento hidráulico, contaminación, peligrosidad, etc) la producción se aleja de las ciudades, la distribución se centraliza en ellas, sobremanera en las mayores, donde los consumos per capita son más elevados.

4. LA DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE LA INDUSTRIA

Las tendencias concentradoras características de la fase álgida del proceso industrializador español dejaron como secuela un reparto muy desigual del empleo industrial. En dicho reparto la región más favorecida fue

CUADRO IV. Empleo industrial por comunidades autónomas, en 1980

	Nº de empleos	% sobre el total	Superficie (km ²)	Empleos/km ²
Andalucía	250.825	8,9	87.598	2,86
Aragón	97.458	3,5	47.720	2,04
Asturias	93.492	3,3	10.604	8,81
Baleares	32.797	1,2	4.992	6,56
Canarias	39.301	1,4	7.447	5,27
Cantabria	47.181	1,7	5.321	8,86
Castilla-León	152.642	5,4	94.222	1,62
Castilla-Mancha	94.816	3,4	79.461	1,19
Cataluña	719.047	25,5	32.114	22,39
Extremadura	29.256	1,0	41.634	0,70
Galicia	128.132	4,5	29.574	4,33
Madrid	356.187	12,6	8.028	44,36
Murcia	56.052	2,0	11.314	4,95
Navarra	59.994	2,1	10.391	5,77
País Valenciano	320.373	11,4	23.255	13,77
País Vasco	312.770	11,1	7.234	43,23
La Rioja	28.632	1,0	5.045	5,67
Total	2.818.958	100,0	505.954	5,57

Fuente: INE. Censo de locales de 1980.

Cataluña (25% del empleo en 1980), seguida, a mucha distancia, de Madrid (12,6%), la Comunidad Valenciana (11,6%), el País Vasco (11,1%) y Andalucía (9%). Ninguna otra alcanzaba el 6%, siendo especialmente significativos los casos de Extremadura, la Rioja y las dos Comunidades isleñas, pues sus participaciones se situaban en torno al 1%.

Las cifras expuestas esconden, sin embargo, la verdadera distribución de la actividad fabril, ya que están mediatizadas por la extensión de cada Comunidad Autónoma. Más precisas son las cifras representativas del número de empleos por unidad de superficie. Utilizándolas podemos comprobar que la distribución expuesta varía de forma sensible. Las comunidades con mayor densidad eran Madrid y el País Vasco (más de 40 empleos por kilómetro cuadrado) y, sin embargo, Cataluña ocupaba una posición más retrasada (22%) debido a las bajas densidades de Lérida y Tarragona; a continuación se situaban la Comunidad Valenciana (14 empleos/km²) y Asturias y Cantabria (9), y, más adelante, Galicia, La Rioja, Baleares y Canarias, con densidades en torno a 5 empleos/km². En la cola se encontraban las comunidades interiores y meridionales (las dos Castillas, Extremadura, Aragón, Murcia y Andalucía, es decir el 72% del territorio nacional) ninguna de las cuales llegaba a alcanzar una densidad de 3 empleos/km² (Cuadro IV).

Se trataba de una distribución poco equitativa, en la que, de forma genérica, contrastaban dos áreas bien diferentes: una se extendía a lo largo de un eje imaginario que se desplazaría por el litoral Cantábrico, el valle del Ebro y el litoral mediterráneo hasta la latitud de Murcia, y se caracterizaba por tener elevadas densidades industriales; la otra ocuparía el resto del territorio, y tenía una densidad industrial muy baja. A ello contribuía un volumen de empleo reducido, pero, además, el hecho de que éste estuviera muy concentrado en unas pocas y grandes ciudades. Sobre todo en Madrid (primera ciudad industrial española), pero también en Sevilla, Valladolid o Burgos.

Las diferencias interregionales se repetían en el interior de las regiones, como puede comprobarse en las figuras 1 y 2 que representan, respectivamente, el número total de empleos y la densidad industrial (empleos por kilómetro cuadrado) de cada uno de los más de 8.000 municipios españoles en 1980 (Figuras 1 y 2).

A. Galicia

En Galicia sobresalían dos áreas de concentración industrial situadas en torno a la ciudades de *Vigo* y *La Coruña*. Eran áreas de expansión noveles nacidas al amparo de la planificación franquista, la cual había conver-

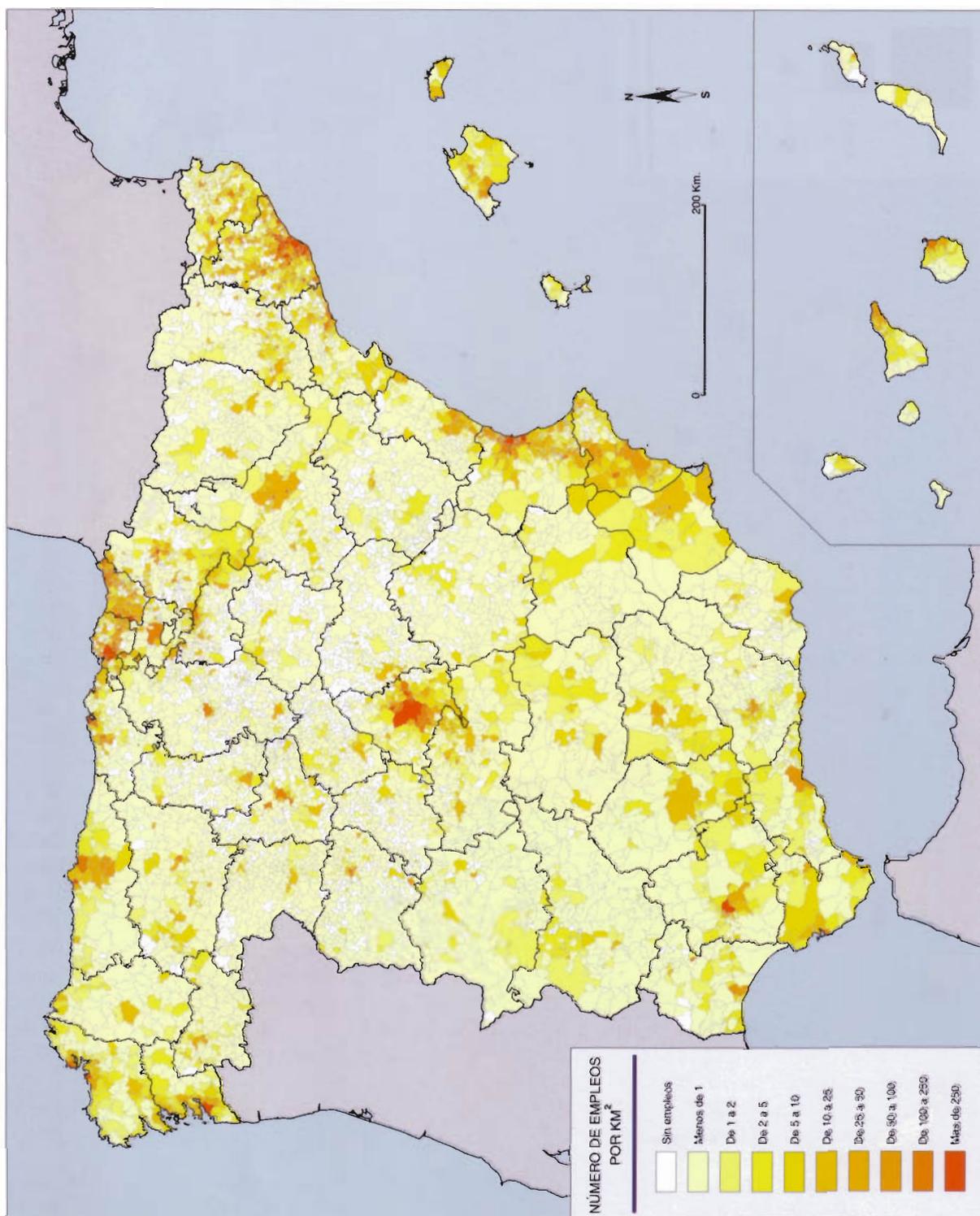


FIG. 1. Densidad de empleos industriales por municipios, en 1980.

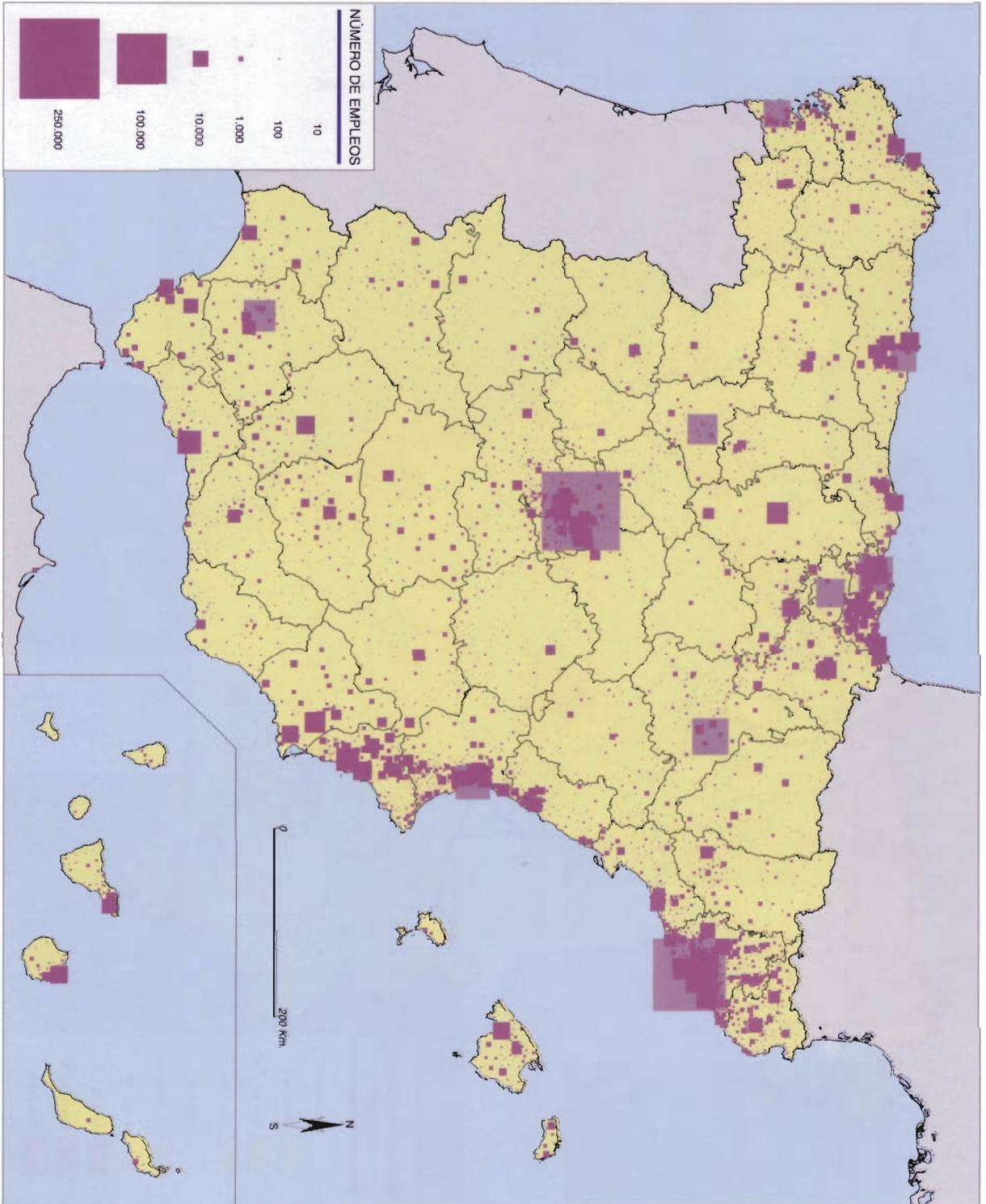


FIG. 2. Distribución municipal de los empleos en el sector industrial, en 1980.

tido a las dos ciudades en Polos de Desarrollo. El área de Vigo concentraba algo más de 35.000 empleos y en ella quedaban integradas la ciudad homónima (novena del país por el número de empleos industriales) y algunos municipios cercanos entre los que destacaban, Redondela, Porriño y Mos. La de Coruña, por su parte, tenía unos 26.000 empleos, y como enclaves más significativos los de Coruña, Arteixo, Ferrol y Narón. Además de estos enclaves sólo unos pocos municipios tenían más de 1.000 empleos industriales. Entre ellos las cabeceras administrativas más importantes (Santiago, Orense, Pontevedra y Lugo), y otros dos situados en la ría de Arosa (Padrón y Villagarcía).

B. Litoral Cantábrico

Algunos enclaves del litoral cantábrico, junto con Cataluña, fueron protagonistas de la primera etapa de la industrialización española. Al amparo de su riqueza minera, estas regiones forjaron un entramado industrial muy especializado en industrias de base que, por esa razón, sufrió con más fuerza que otras las graves consecuencias de la crisis del petróleo. A pesar de ello todavía mantenían una cierta importancia en el sistema industrial español.

Dentro del litoral cantábrico la mayor concentración industrial era la existente en las provincias vascongadas de Vizcaya y Guipúzcoa, la primera con 135.000 empleos industriales y la segunda con unos 100.000. En Vizcaya la mayor parte de esos empleos procedían de las industrias situadas en la margen izquierda del Nervión, en donde se situaban el quinto municipio industrial español (Bilbao) y otros cuatro con más de 10.000 empleos (Baracaldo, San Salvador del Valle, Sestao, Basauri); también cabía destacar algunas poblaciones del valle del Ibaizabal-Elorrio (Galdácano, Amorebieta, Durango, Abadiano) que contaban con más de 3.000 empleos. En Guipúzcoa la distribución era más dispersa; el área metropolitana de la capital (San Sebastián, Rentería, Pasajes, Hernani, Irún, Oyarzun, Tolosa, Usurbil, Zarauz, etc) no llegaba a concentrar ni el 40% del empleo de la provincia (38.000 empleos). El resto se situaba en los valles interiores, especialmente los de los ríos Deva y Urola. En el primero entidades como Eibar, Vergara o Mondragón sobrepasaban los 4.000 empleos industriales, en el segundo otras como Zumaya, Azpeitia, Azcoitia, Zumárraga, o Legazpia superaban los 1.700.

De menor importancia, pero también significativo, era el conglomerado industrial desarrollado en el centro

de Asturias, al amparo de la explotación del carbón existente en su Cuenca Central, que contaba con casi 85.000 empleos. Se trataba de un espacio muy especializado en industrias básicas y minería, en el que se situaba una de las mayores concentraciones industriales del país (46.000 empleos), configurada en torno a los puertos de Gijón (Gijón, Carreño) y de Avilés (Avilés, Gozón, Corvera y Castrillón); el entorno industrial de la capital (Oviedo, Llanera y Siero) con 17.000 empleos; y las cuencas mineras de los ríos Nalón (Langreo, San Martín) y Caudal (Mieres, Morcín, Aller), cada una de ellas con un volumen de empleo industrial que sobrepasaba las 10.000 unidades.

Por último cabe citar el área industrial que se extendía por la zona central costera de Cantabria, en torno a la bahía de Santander (Santander, Astillero, Camargo, Marina de Cudeyo) y a los cursos bajos de los ríos Saja y Besaya (Torrelavega, Corrales de Buelna, Reocín, Cartes). En conjunto aquí tenían cobijo poco menos de 35.000 empleos industriales.

C. El corredor industrial del valle medio del Ebro

La existencia de un buen eje de carreteras (la autopista Bilbao-Zaragoza-Barcelona), una agricultura de mercado desarrollada a instancias de la demanda vasca, así como una posición intermedia entre las dos regiones más industrializadas del país (Cataluña y el País Vasco), fueron factores que impulsaron el desarrollo industrial del valle medio del río Ebro, entre la localidad burgalesa de Miranda y la capital aragonesa. Se trata de un eje industrial con más de 90.000 empleos, que, sin embargo, posee tres tipos de asentamientos bien distintos. Por un lado, estaría la aglomeración industrial de Zaragoza (Zaragoza, Cuarte, Illueca, Utebo y Puebla de Alfindén), con unos 59.000 empleos, de ellos 51.300 en la capital (tercer centro industrial del país por detrás de Madrid y Barcelona); por otro Logroño, típico núcleo nacido al amparo de su Polo de Desarrollo, con casi 14.000; y, por último, un elevado número de pequeños núcleos que tenían entre 1.000 y 4.000 empleos industriales. Era el caso de Miranda de Ebro, en Burgos; de Haro, Nájera, Arnedo, y Calahorra, en La Rioja; de Tudela, y San Adrián en Navarra; y de Tarazona, en Zaragoza. Este eje industrial se completaba con otros municipios, más alejados del cauce del río, que también disponían de más de 1.000 empleos, como Estella y Tafalla, en Navarra, y Huesca, Monzón y Barbastro, en el somontano oscense.

D. Alava y Navarra

Situados al sur de la línea montañosa que marca el entronque de la Cordillera Cantábrica con los Pirineos, sobre sendos altiplanos de unos 600 metros de altitud, y separados del valle del Ebro por las primeras estribaciones pirenaicas (Montes de Vitoria, sierras de Urbasa y Andía) se encuentran dos ciudades que pasaron por una fase de importante desarrollo industrial durante la época del desarrollismo, amparándose para ello en su consideración de Polos de Desarrollo: Vitoria y Pamplona.

Vitoria, favorecida por la saturación del suelo disponible en las provincias vascongadas del norte, por su designación como Polo de Desarrollo, y por su elección como capital de la Comunidad Autónoma del País Vasco, fue una de las ciudades españolas que tuvo un índice de crecimiento demográfico más elevado entre 1960 y 1980. Crecimiento que además estuvo acompañado por fuertes inversiones en el sector industrial que la convirtieron en el octavo municipio industrial español (algo menos de 32.000 empleos).

Pamplona, como Vitoria, es capital de Comunidad Autónoma, fue Polo de Desarrollo, y ocupa una posición intermedia entre la montaña y la vega del Ebro. Además goza de la cercanía de un importante mercado de consumo, como es el vasco. Todo ello explica que haya sido capaz de desarrollar un importante entramado industrial que, a diferencia de lo ocurrido en Vitoria, no ha quedado limitado a su municipio sino que se ha extendido por sus alrededores, dando lugar a una pequeña corona industrial en la que se sitúan Ansoain, Elorz, Olza o Galar. En conjunto esta aglomeración poseía unos 25.000 empleos.

E. Cataluña

La industria catalana adquirió su máximo protagonismo en el área industrial de Barcelona; sin embargo también existían concentraciones industriales importantes en Gerona, en Tarragona y en Lérida.

La industria barcelonesa fue pionera de la revolución industrial española. Además con el tiempo supo diversificarse desde su primitiva especialización textil, al tiempo que extenderse sobre los espacios llanos del interior y sobre las vegas de los ríos. En 1980 configuraba el mayor sistema industrial español y era el que contaba con mayor número de empleos, unos 525.000. De ellos, algo más de 200.000 se localizaban en la ciudad de Barcelona, que era el núcleo más representativo de ese sis-

tema, pero también existían otros muchos municipios con un potencial reseñable. La mayor concentración de estos municipios era la existente al sur de Barcelona, sobre el delta del río Llobregat, en donde se encuentran Cornellá, Esplugues, L'Hospitalet, el Prat, Gavá, Sant Boí, o Sant Joan d'Espí, todos con más de 5.000 empleos y buena parte de ellos con más de 10.000. Una segunda área de expansión era la llanura costera que discurre al norte de Barcelona, entre esta ciudad y Mataró, en la que se sitúan Badalona, Sant Adrià, o Mataró, los tres con más de 8.000 empleos. Y, por último, estaría la comarca del Vallés, que se extiende por la depresión interior que discurre paralela a la costa entre las cuencas de los ríos Llobregat y Besós-Congost. Aquí destacan, dentro del conglomerado industrial que constituye toda la comarca, algunas entidades muy señaladas del pasado y del presente industrial catalán, como Martorell, Sabadell, Terrassa, Granollers, Montcada y Reissac, Rubí, Cerdanyola, etc todas ellas también con más de 5.000 empleos industriales.

El gran área industrial de Barcelona no se circunscribía al entorno inmediato de la ciudad. Se extendía hacia el norte siguiendo dos grandes ejes situados, uno, al este y, otro, al oeste. El primero seguía los cursos altos del Congost y del Ter, unidos topográficamente a través de la Plana de Vic, y en él se situaban Torelló, Manlleu, Vic, Sant Quirze, Centelles y Roda de Ter. El segundo, por su parte, ascendía siguiendo el sistema fluvial del Llobregat. En el valle principal de este río se sucedían Esparraguera, Olesa, Castellbell, San Vicenç, Sant Fruitos, Sallent, Puig-Reig, Gironella, y Berga; en el del Noya, San Sadurní, Capellades e Igualada; y en el del Cardener, Mataró, Santpedor y Súria. Todos estos núcleos poseían más de 1.000 empleos industriales.

En *Tarragona* más de la mitad de los empleos (unos 19.000) se localizaban en torno a la capital, en la comarca del Campo, en la que se situaban Pobla de Mafumet, Valls y, sobre todo, Reus, que con 6.000 empleos competía con Tarragona (8.400 empleos) por la primacía provincial. En *Gerona* la industria estaba mucho más dispersa. Es cierto que la capital tenía casi los mismos empleos que Tarragona (8.300), pero estos no suponían nada más que el 16% de los provinciales. El resto se encontraba disperso por todo el territorio sin que pudiera definirse algún área de concentración significativa. Destacaban, eso sí, localidades como Olot, Figueres, Blanes y Ripoll, que disponían de más de 2.300 empleos industriales. *Lérida*, por su parte, era la provincia catalana con menor desarrollo industrial. Sólo poseía 24.000 em-

pleos de los que 6.500 estaban en la capital, y unos 1.200 en cada una de las cercanas localidades de Balaguer y Mollerusa.

F. La Comunidad Valenciana

En el litoral Mediterráneo existía, además de Barcelona, otra gran área de concentración industrial: la que se había ido configurando en la llanura costera de la desembocadura del Turia, en torno a la ciudad de *Valencia*; ésta, con 47.000 empleos industriales era la cuarta ciudad industrial del país, pero su área metropolitana alcanzaba los 121.000 y se situaba inmediatamente por detrás de las de Barcelona y Madrid. Al igual que en el área metropolitana de Barcelona la importancia del núcleo central no podía esconder la de otros periféricos, como Aldaya, Almusafes, Xirivella, Manises, Paterna, Sagunto, Silla y Torrent, todos con más de 3.300 empleos.

Fuera del área metropolitana propiamente dicha, la industria valenciana se había difundido hacia el norte y hacia el sur configurando dos espacios industriales de menor importancia, los de *Castellón* y *La Ribera*, que disponían de 25.000 y 14.000 empleos respectivamente. El primero estaba constituido por el pequeño sistema urbano levantado en el transcurso de los años sobre la llanura deltaica de la desembocadura del río Mijares (Castellón, Almassora, Vilarreal, Burriana, Vall d'Uxó, Alcora y Onda); el segundo por el sistema urbano de los cursos bajos de los ríos Júcar y Albaida (Canals, Algemés, Alcudia, Alcira, Sueca). Núcleos todos ellos con más de 1.000 empleos industriales.

Más al sur, en torno a las ciudades de *Alicante* y *Elche*, existía otra área industrial menos relevante que la de Valencia, pero aglutinadora de más de 70.000 empleos. A diferencia de lo que ocurría en otros espacios con una elevada densidad industrial, no existía aquí un núcleo rector capaz de vertebrar todo el entramado. Por el contrario, había un gran número de núcleos fabriles de cierta importancia, relativamente separados los unos de los otros e incluso pertenecientes a comarcas distintas. El centro del área era el eje Elche-Alicante, que poseía aproximadamente la mitad de los empleos, y a partir de él se extendía hacia el norte siguiendo los cursos de los ríos Verd y Vinalopó, en los que se situaban algunos núcleos con más de 1.000 empleos industriales. San Vicente, Jijona, Onil, e Ibi, en el valle del Verd; Aspe, Novelda, Petrel, Elda, Monóvar, Sax, y Villena, en el del Vinalopó.

Cabe destacar por último, que entre las aglomeraciones industriales de Valencia y Alicante, se situaban dos comarcas de vieja tradición fabril, *el Valle de Albaida* y *la Hoya de Alcoy*, en las que también existían numerosas entidades que ofrecían más de 1.000 puestos de trabajo en el sector industrial: Albaida, Ontinyent, Olleria, Bocairent, Bañeres, Alcoy, Muro, y Cocentaina. Tenían su sede aquí algo menos de 25.000 empleos.

G. Murcia

Dos son los hechos que permiten comprender la distribución de la mayor parte de la industria de la provincia de Murcia: su elevada especialización en la transformación de productos agrarios y un poblamiento caracterizado por el predominio de un reducido número de asentamientos de gran tamaño. Ambos fenómenos explican que se tratase de una industria dispersa, asentada en un número reducido de núcleos, situados, además, sobre las vegas más fértiles. Es decir, allí donde podían obtener a buen coste las materias primas que utilizaban. De todas las concentraciones industriales la más importante era la existente en torno a la capital (Murcia, Alcantarilla, Molina), extendida por la confluencia de los ríos Segura y Guadalentín, con más de 22.000 empleos; pero también eran importantes las localidades de Lorca y Alhama, en el valle del último río citado, y las de Cieza, Jumilla y Yecla, aguas arriba del Segura y sus afluentes. La única excepción a esta distribución era Cartagena, segundo núcleo industrial de la provincia, situado en la costa y muy especializado en industrias pesadas.

H. Andalucía

La región andaluza se caracterizaba por su escaso desarrollo industrial. Sólo tenía un cuarto de millón de empleos industriales, es decir el 42% de los que poseía la provincia de Barcelona, el 69% de los de la de Madrid, y menos de los que en su conjunto tenían las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Además, en una superficie de poco menos de 90.000 km², al menos diez veces superior a la que tenía cada una de las tres áreas citadas. Este escaso desarrollo explica la distribución interna del empleo caracterizada por la falta de concentraciones importantes. En realidad sólo existe una, el área metropolitana de Sevilla, que disponía de unos 55.000 empleos industriales. El resto se distribuía conforme a las pautas marcadas por un sistema industrial

muy laxo, que parece heredado de un modelo de producción diferente al vigente en las áreas estudiadas con anterioridad. En ese sistema industrial podían diferenciarse hasta cinco niveles jerárquicos. 1) El primero, estaba ocupado por la aglomeración sevillana. 2) En el segundo, se situaban dos concentraciones de tamaño medio que poseían entre 20.000 y 30.000 empleos: Málaga y la Bahía de Cádiz (Cádiz, Jerez, San Fernando, Puerto de Santa María, y Puerto Real). 3) El tercero lo integraban dos capitales provinciales, Córdoba y Huelva, ésta última con su polo de desarrollo, que tenían entre 12 y 15.000 empleos industriales. 4) En el cuarto, estaban las otras tres capitales de provincia (Granada, Almería y Jaén), además de la pequeña conurbación de la bahía de Algeciras (Algeciras, Barrios y San Roque), y los dos mayores núcleos industriales andaluces no capitales: Riotinto, recuerdo del pasado glorioso de la minería metalífera andaluza, y Linares, centro de una planta automovilística de montaje. Todos estos núcleos poseían entre 3.000 y 8.000 empleos. 5) En el quinto nivel se situaban trece localidades (Ubrique, Lucena, Montilla, Motril, Andújar, Bailén, La Carolina, Martos, Antequera, Ecija, Estepa, Morón y Utrera) casi todas ellas localizadas sobre el amplio valle abierto por el río Guadalquivir y sus afluentes más importantes. Tenían todos ellos entre 1.000 y 2.000 empleos. El resto del territorio sólo disponía del 20% del empleo industrial andaluz.

I. La España interior

En la nueva organización territorial que se gesta en nuestro país a medida que se generaliza la industrialización, el máximo protagonismo económico corresponde a las regiones costeras, más accesibles a los mercados exteriores de materias primas y de bienes de consumo. Este protagonismo fue adquirido en detrimento de las regiones interiores, otrora más ricas y dinámicas, que sufrieron un importante proceso de despoblación y pérdida de potencial económico durante la etapa del desarrollismo. La única excepción fue la provincia de *Madrid*, en la que, a impulsos de la capitalidad, se desarrolló la segunda aglomeración industrial española. A diferencia de lo que ocurría en Barcelona, esta aglomeración estaba dominada de forma abrumadora por el peso de la capital que, con 240.000 empleos, era el primer municipio industrial de España. Con todo, en la periferia madrileña podían definirse dos ejes de expansión industrial: uno en el noreste, entre las carreteras de Irún y Cataluña (N-I y N-II), con enclaves como Alco-

bendas, Coslada, Torrejón, San Fernando o Alcalá de Henares; el otro en el sur, entre las carreteras de Andalucía y Extremadura (N-IV y N-V), en donde se situaban Alcorcón, Móstoles, Leganés, Getafe, Pinto o Fuenlabrada. Todos estos núcleos superaban los 4.000 empleos.

El resto de las regiones interiores constituía un enorme espacio (215.000 km²), sobre el que se extienden las Comunidades de las dos Castillas y de Extremadura, poco desarrollado industrialmente y muy contrastado. Tan sólo poseía 276.000 empleos industriales, 1,3 por km², y de ellos más de 37.000 (14,6%) en la ciudad de *Valladolid*, casi 19.000 (7%) en la de *Burgos*, y 9.500 (4%) en *León-San Andrés*. Se trataba de un verdadero desierto industrial en el que, además de las ciudades citadas, sólo otros 40 municipios superaban los 1.000 empleos. De ellos 19 tenían entre 2.500 y 7.000, mientras que las 21 restantes (Hellín, Almedralejo, Zafra, Almaraz, Naval Moral, Plasencia, Alcázar de San Juan, Almadén, Ciudad Real, Manzanares, Tomelloso, Valdepeñas, Pola de Gordón, Torre del Bierzo, Aguilar de Campoó, Guardo, Soria, Fuensalida, Illescas, Sonseca y Medina del Campo) no alcanzaban los 2.000.

De las 19 entidades que poseían más de 2.500 empleos industriales, 12 eran capitales de provincia o de comunidad autónoma (Zamora, Salamanca, Ávila, Palencia-Villamuriel, Segovia, Cáceres, Badajoz, Mérida, Toledo, Guadalajara, Cuenca y Albacete); dos eran núcleos de vieja tradición industrial (Talavera y Béjar); y los cinco restantes pequeños focos industriales de reciente aparición cuyo desarrollo estuvo ligado, unas veces, a la minería del carbón (Ponferrada, Puertollano) y, otras, a una situación ventajosa sobre un eje importante de comunicaciones (Azuqueca, Aranda y Almansa).

J. Las Islas

La industria de las Comunidades isleñas daba empleo a algo más de 70.000 personas, destacando los núcleos de Las Palmas, Sta. Cruz-La Laguna y Palma de Mallorca. Cada uno de ellos poseía unos 12.000 empleos y en conjunto concentraban el 50% del empleo de las islas. En Baleares la industria se encontraba más dispersa y existían otros cuatro núcleos con más de 1.000 empleos, dos en Mallorca (Inca y Manacor), y dos en Menorca (Ciudadela y Mahón). En las Canarias, sin embargo, las capitales concentraban el 64% del em-

pleo y ello explica que además de ellas sólo sobrepasaran el umbral de los 1.000 empleos otros dos núcleos, Telde, en Gran Canaria, y Arrecife, en Lanzarote.

IV

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA EN 1990

La crisis iniciada por la industria española en 1974 se extendió a lo largo de prácticamente una década. En 1984 el índice de producción industrial, elaborado tomando como año de referencia el de 1972, tenía un valor de 137, muy similar al de 1980, al tiempo que la producción industrial en pesetas constantes se había reducido respecto a la de este último año.

Sólo a partir de 1985 comienza a vislumbrarse una posible salida de la crisis, después de que se adoptaran una serie de medidas que permitieron un reajuste general del aparato productivo. Algunas de estas medidas, como la modernización interna, fueron tomadas desde dentro del propio sector; otras fueron impulsadas por el gobierno de la nación y se centraron básicamente en la reestructuración de sectores en crisis (elaboración de un libro blanco de la reindustrialización). Por otro lado, no podemos olvidarnos de las ventajas añadidas que supusieron la definitiva integración de España en la Comunidad Europea, lo que abría una nueva etapa de competencia y apertura de mercados, y el hecho de que la economía internacional, sobre todo la americana y la europea, estuvieran inmersas en una coyuntura muy favorable.

En conjunto, todos estos hechos impulsaron a la industria española hacia una nueva fase de crecimiento acelerado, aunque también es cierto que no muy larga, basada en el aumento de la productividad de la mano de obra, en la reducción de costes de producción y en la mejora de la competitividad exterior de los productos españoles. Así, en 1989, el índice de producción industrial había ascendido a 159,1, veintidós puntos por encima del valor que tenía cuatro años antes; sin embargo en 1991 había vuelto a descender a 157,7. El aumento de la productividad, por su parte, se hizo patente en la evolución de la mano de obra industrial, que creció a un ritmo mucho más lento que la producción. En la década de los ochenta los empleos industriales sólo aumentaron en 85.000 unidades (un 3%), situando los efectivos totales en 2.905.880.

Aunque la coyuntura desarrollista se truncara en los últimos años de la década, los procesos de transformación, primero, y de crecimiento, más tarde, dejaron una

CUADRO V. *Evolución de la producción industrial entre 1980 y 1991*

AÑOS	IPI	VAB ptas. ctes. de 1980
1980	132,5	4.088.625
1981	131,2	3.893.035
1982	129,7	3.734.515
1983	133,2	3.906.791
1984	134,3	3.825.192
1985	137,0	3.845.831
1986	141,2	3.979.416
1987	147,8	4.187.231
1988	152,2	4.359.839
1989	159,1	4.507.362
1990	159,2	4.423.366
1991	157,7	4.509.551

Fuente: Anuario del INE. Varios años.

profunda huella en la industria española, tanto en su estructura interna como en su distribución espacial.

1. LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES DE CARÁCTER ESTRUCTURAL

La reestructuración económica impulsada por el gobierno socialista, a partir de 1983, favoreció que se produjera una reasignación de recursos dentro de la industria. Reasignación que se plasmó en un trasvase de mano de obra desde los sectores maduros (siderurgia, construcción naval, etc), con problemas de adaptación derivados de sus elevadas necesidades de mano de obra, hacia otros sectores más tecnificados o con mayores posibilidades de reconversión. Hacia sectores en los que la mecanización de los procesos de producción posibilitaba una reducción de costes suficiente como para permitir que las mercancías fabricadas fueran competitivas en los mercados internacionales. Tarea nada fácil teniendo en cuenta que estos últimos estaban invadidos por los productos elaborados en otros lugares del planeta en los que la mano de obra era mucho más barata.

En concreto, la reconversión industrial implicó la pérdida de peso relativo de algunos sectores que habían protagonizado el despegue industrial de las décadas precedentes: como las industrias básicas, que redujeron su participación en el empleo industrial desde el 22,1% de 1980 al 21,5% de 1990; las textiles, desde el 14% al 11,4%; las metálicas de transformación, desde el 9,6% al 8,1%; o la minería, que redujo su participación desde el 2% al 1,9%, a pesar de todas las medidas de carácter político adoptadas para mantener el empleo del sector.

CUADRO VI. N° de empleos y VAB industrial en 1980 y 1990, por ramas de actividad

Industrias	Empleo		VAB en pesetas de 1981		Variación 1981-1991
	1981	1991	1981	1991	
Alimentarias	373.090	373.475	666.362	751.369	12,8
Textiles	395.489	332.697	407.548	327.189	-19,7
Papel y Artes Gráficas	140.925	156.696	409.643	492.851	20,3
Básicas	524.143	476.144	958.892	922.361	-3,8
Metálicas	623.783	542.062	937.029	916.529	-2,2
Material de Transporte	271.920	235.266	335.367	560.725	67,2
Otras industrias	244.196	256.590	205.393	234.455	14,1
Energía	64.920	88.618	374.034	796.726	113,0
Minería	7.818	55.682	206.350	171.544	-16,9
Servicios a Empresas	124.549	388.650	s.d.	s.d.	
TOTAL	2.820.833	2.905.880	4.500.618	5.173.749	15,0

Fuentes: INE. *Censo de locales*, 1980, 1990; *Anuario*, varios años; *Anuario «EL PAÍS»*.

En conjunto, los sectores citados perdieron casi 200.000 empleos en diez años, y, lo que es más grave, el 7% de su capacidad productiva. Es decir, ni siquiera pudieron suplir la pérdida de empleo con una mejora en la productividad de la mano de obra.

Las iniciativas empresariales de carácter privado, por su parte, se volcaron en la modernización de las industrias de demanda creciente, en las que era posible reducir los costes de producción y asegurar su vuelta a la senda de la competitividad. Este proceso permitió que algunos sectores aumentaran de manera significativa su capacidad productiva; unas veces impulsando el crecimiento del empleo, pero, otras, manteniéndolo e, incluso, reduciéndolo. Fue el caso de la industria alimentaria, que estabilizó sus efectivos en torno a las 373.000 personas al tiempo que elevaba su capacidad productiva en casi un 13%; de la industria del papel y de las artes gráficas, que tuvo un incremento del 11% en el empleo pero del 20,3% en la producción; y, sobre todo, de la industria de material de transporte, que perdió más de 36.000 empleos (el 13,5% de sus efectivos iniciales), a pesar de lo cual su facturación pasó a ser, en pesetas constantes, un 67,2% más alta. Por último, habría que citar el caso del sector eléctrico. Éste tuvo un crecimiento muy fuerte, al verse favorecido por una demanda en continua expansión, y acrecentó el volumen de su empleo en un 36%. Ahora bien, el aumento de la productividad fue tan alto que ello le sirvió para engrosar sus ingresos en un 113%. (Cuadro VI).

El proceso transformador puesto en marcha por la iniciativa privada no se quedó en la simple moderniza-

ción de los procesos de producción, afectó también a la organización empresarial.

En las décadas anteriores la industria había conseguido reducir costes mediante la creación de grupos empresariales cada vez más grandes. Ahora bien, llegados a un determinado punto, la indivisibilidad de las máquinas, y también de otros factores de producción, hizo crecer tanto a las empresas que llegó a generar diseconomías de organización. Había, por tanto, la posibilidad de obtener economías dividiendo las grandes unidades productivas integradas verticalmente (GEORGE, P., 1976) en unidades más pequeñas y especializadas, cada una de ellas capaz de obtener, de forma individual, nuevas economías de escala, de dimensión mucho mayor a las que podían obtener las plantas integradas. En otras palabras, se produjo la paradoja de que para obtener economías de escala había que descentralizar y crecer de nuevo. Y esto es justamente lo que hizo el conjunto de la industria europea, incluida la española, para paliar los efectos de la crisis: individualizar algunos procesos concretos de transformación, en especial los dedicados a producir servicios para las propias empresas industriales.

De esta forma, la reconversión industrial llevada a cabo durante la década de los ochenta condujo a la explosión de un sector, antes marginal, que además es, en la actualidad, el más dinámico y el que posee mayor capacidad para crear empleo. Nos estamos refiriendo al sector de los servicios a las empresas, cuya inclusión en este análisis sobre la industria se justifica en la medida en la que es el resultado de la descentralización de acti-

CUADRO VII. Superficie, población y empleos de los municipios españoles, según umbrales de población, en 1990

	Nº de Municipios	Superficie	Población	Empleos Industriales	Empleos Terciarios	Empleos Totales
< de 500	3.859	129.945	570.781	31.128	69.727	100.855
501-1.000	1.114	61.634	800.284	60.972	72.485	133.457
1.001-5.000	2.030	166.383	4.630.077	380.489	440.025	820.514
5.001-10.000	491	57.185	3.394.233	261.673	*377.171	*638.844
10.001-25.000	365	48.892	5.571.314	428.973		
25.001-50.000	105	18.110	3.510.689	277.447	1.280.919	1.987.339
50.001-100.000	57	9.719	73.817	248.491	648.807	897.298
100.001-250.000	38	8.358	5.848.977	369.942	1.050.238	1.420.180
250.001-500.000	12	3.333	3.663.052	236.694	717.230	953.924
500.001-1.000.000	4	1.729	2.639.338	154.615	543.074	697.689
Barcelona	1	99	1.681.132	200.710	458.533	659.243
Madrid	1	605	3.084.673	254.746	816.697	1.071.443
TOTAL	8.077	505.992	39.168.367	2.905.880	6.474.906	9.380.786

Fuente: INE: *Censos de locales* de 1990; *Nomenclátor*, 1981 y 1991.

* Empleo correspondiente a los municipios que tenían entre 5.001 y 25.000 habitantes.

vidades que antes eran desarrolladas en el mismo seno de las empresas industriales.

En la década de los ochenta los servicios a las empresas crearon más de 264.000 puestos de trabajo, ayudando así a paliar las pérdidas de empleo que habían acompañado a la mecanización creciente de los procesos de fabricación. Este sector creó, así, tantos nuevos empleos como el resto de las industrias que también tuvieron un comportamiento positivo durante esta década. Fenómeno éste que le permitió elevar su peso relativo en el empleo industrial desde el 4,4% al 13,4%, y convertirse en el tercer sector por volumen de empleo, sólo por detrás de las industrias metálicas, tanto básicas como de transformación, y por delante de sectores tan importantes como el alimentario, el textil o el de material de transporte.

2. LA DISTRIBUCIÓN GENERAL DE LA INDUSTRIA

La lógica del capital, inherente al proceso de industrialización iniciado a finales de la década de los cincuenta, dio lugar a una importante concentración espacial de la actividad industrial y, como consecuencia de ello, a fuertes desequilibrios territoriales. A partir de 1980 las cosas parece que comienzan a cambiar, de manera que en la década siguiente se puede apreciar una ralentización del proceso concentrador e incluso una cierta descentralización. Parece como si la concentración industrial hubiese tocado techo y ello hubiese dado

lugar a una nueva etapa de difusión espacial de la industria, aunque de corto alcance, al menos de momento.

Entre 1980 y 1990 las cinco provincias más industrializadas (Alicante, Barcelona, Madrid, Valencia y Vizcaya) mantuvieron su empleo industrial estable (en realidad perdieron unos 1.600 empleos, el 0,1% de los que tenían al inicio de la década), lo que las llevó a reducir su participación en el total nacional desde 49,6% al 48,1%. Por el contrario, las diez provincias menos industrializadas (Almería, Ávila, Cáceres, Cuenca, Guadalajara, Lugo, Segovia, Soria, Teruel y Zamora) aumentaron el suyo en algo más de 6.000 unidades (6,8%) y ello las permitió elevar un poco su participación en el total nacional desde el 3,2% al 3,3%. Al mismo tiempo, el empleo industrial de los municipios de menos de 1.000 habitantes pasaba del 14% al 16,3% del total y el de los de más de 100.000 habitantes se reducía desde el 42,4% al 41,8%. Es decir, mientras que las provincias menos industrializadas y los municipios con menor población crecieron a un ritmo superior a la media española, las provincias más industrializadas y los municipios más poblados lo hicieron a un ritmo inferior.

La moderada descentralización industrial habida durante la década de 1980 sirvió para que muchos economistas, y también geógrafos, comenzaran a pensar que el remonte de la crisis económica de los años setenta se había basado en gran medida en procesos de descentralización productiva, los cuales habrían permitido mejorar la gestión de los recursos al tiempo que adoptar escalas

de producción más ágiles, capaces de amoldarse con rapidez a los vaivenes de la demanda (MÉNDEZ, R., 1997).

Desde un punto de vista espacial, la descentralización productiva habría dado lugar a una nueva lógica espacial del capital y ésta a la simultánea elevación de la capacidad productiva de áreas antaño periféricas y a la crisis de las zonas más industrializadas. Resultado de todo ello sería que los ritmos de crecimiento económico hubiesen sido mayores en las regiones pobres que en las regiones ricas y que, en consecuencia, se hubieran mitigado los desequilibrios territoriales heredados de un modelo de crecimiento que basaba una buena parte de su capacidad competitiva en la búsqueda de economías de escala y de aglomeración. Fenómenos ambos que tendían a concentrar espacialmente la actividad económica y a generar fuertes desigualdades regionales.

Ahora bien, desde nuestro punto de vista, se debe ser muy cauto a la hora de manejar este tipo de argumentos, pues un análisis más minucioso del conjunto de la actividad económica demuestra que durante la década de 1980 el proceso de concentración de riqueza se agudizó, y las desigualdades entre las regiones ricas y las pobres no sólo no se redujeron sino que aumentaron (Cuadro VII).

Síntoma de que el crecimiento de las desigualdades seguía latente era que los municipios menores de 1.000 habitantes pasaron de ocupar el 35,4% al 37,9% de la superficie española, o, lo que es lo mismo, que la tendencia al despoblamiento afectaba a una parte cada vez mayor del territorio. Como también lo era que los municipios de más de 50.000 habitantes crecieron más aprisa que la media nacional, por lo que aumentaron su participación tanto en el total de la población como en el del empleo no agrario en aproximadamente un punto porcentual. En el primer caso dicha participación quedó fijada en el 52,8%, y en el segundo en el 60,7%.

En defensa de la tesis de que durante la década de los ochenta las desigualdades espaciales no se suavizaron también se puede argumentar que la reciente proliferación de industrias en municipios pequeños fue un fenómeno que estuvo ligado, más que a la aparición de capacidades endógenas en dichos municipios, a la propia dinámica económica y espacial de las mayores ciudades. En concreto, a los problemas de escasez de suelo que se derivaron de dicha dinámica y que obligaron a la industria a buscar nuevas localizaciones en otros municipios metropolitanos, preferentemente en los mejor comunicados.

En España, la dinámica expuesta ha quedado plasmada en la evolución seguida durante la década de los

ochenta por los municipios con más de 1.000 empleos industriales. En este período, la mayor parte de los municipios que se incorporaron a este restringido grupo se encontraban situados en las periferias urbanas de las mayores ciudades, las cuales, sin embargo, perdieron empleo dentro de su término municipal.

Teniendo en cuenta todos estos datos, podemos concluir diciendo que durante la década de los ochenta creció el espacio ocupado por las áreas marginales, al tiempo que las más ricas aumentaban su riqueza. Es decir, se acusaron las diferencias regionales de riqueza; en especial, las que existían entre las áreas ocupadas por las grandes ciudades (una pequeña porción del territorio español) y los espacios intersticiales que quedaban entre ellas (la inmensa mayoría del espacio). Ahora bien, debemos tener en cuenta que esta concentración tuvo la particularidad de llevarse a cabo al tiempo que tenía lugar una cierta dispersión de la actividad fabril. Dispersión que, como hemos tratado de explicar, debe ser matizada. Por un lado, porque puede tratarse de una tendencia a corto plazo y, por otro, porque está abultada por las estadísticas oficiales, las cuales refieren su información a unidades administrativas cuyos límites no se corresponden con los de las verdaderas unidades espaciales que protagonizan la dinámica territorial.

3. LA DISTRIBUCIÓN REGIONAL

La mejora experimentada por la productividad de la mano de obra industrial durante los años ochenta permitió que la producción del sector pasara por una etapa de crecimiento a pesar de mantenerse estables los niveles de empleo. Ahora bien, la evolución fue muy dispar de unas regiones a otras, dependiendo de la incidencia que tuvo sobre cada una de ellas la crisis industrial iniciada a mediados de los setenta, así como la alteración de las ventajas comparativas regionales que siguió a la reestructuración del aparato productivo y a la integración en la Comunidad Europea. Consecuencia de todo ello fue una modificación sin precedentes de las pautas de localización que habían regido la distribución de la industria en nuestro país desde mediados del siglo XIX, cuando se dejaron sentir los primeros síntomas de la Revolución Industrial, cuyo efecto más significativo fue el aumento del potencial industrial de las regiones de la España interior, que además se llevó a cabo en detrimento de las regiones de industrialización más antigua, como Cataluña, el País Vasco, Asturias o Cantabria.

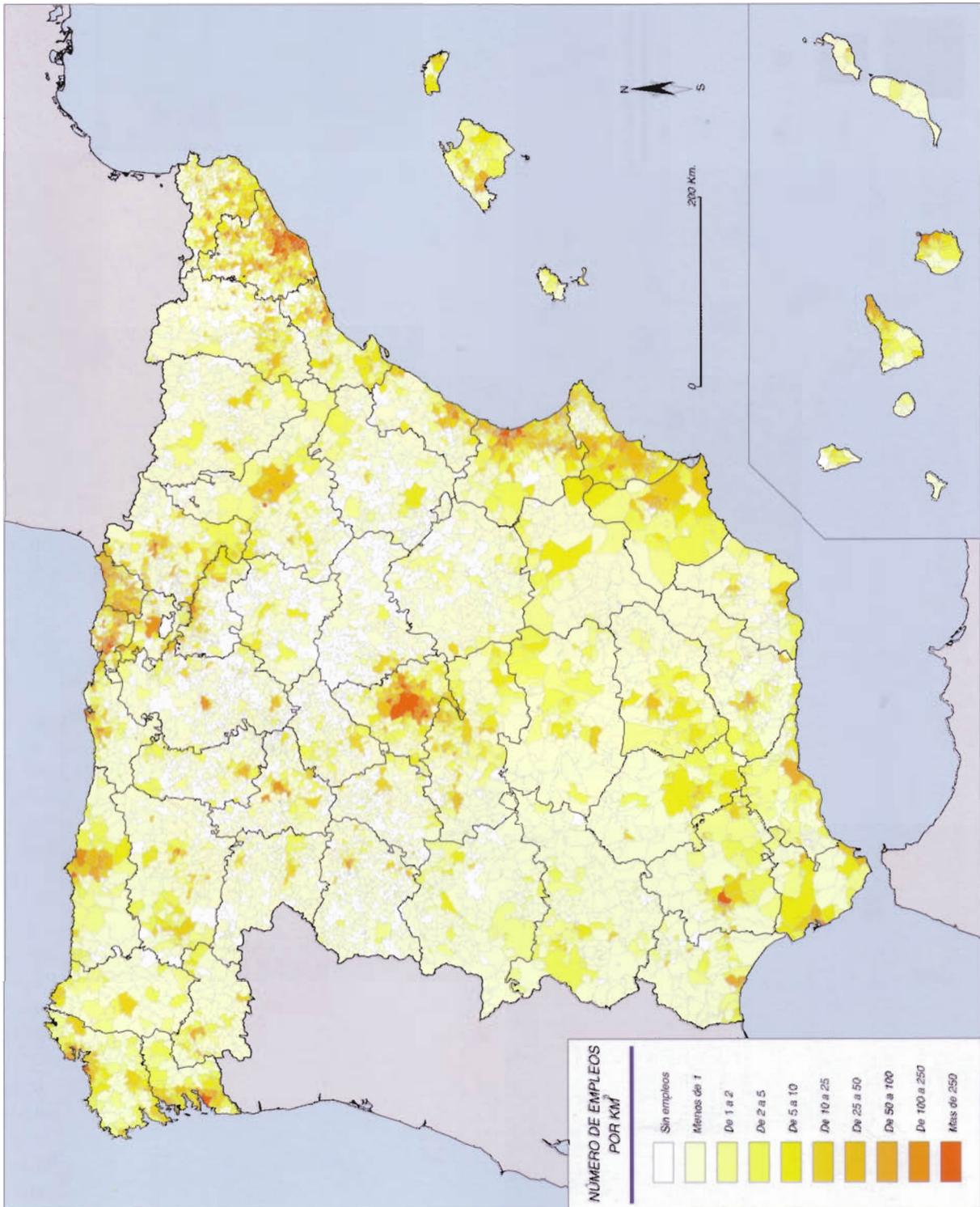


FIG. 3. Densidad de empleos industriales por municipios, en 1990.

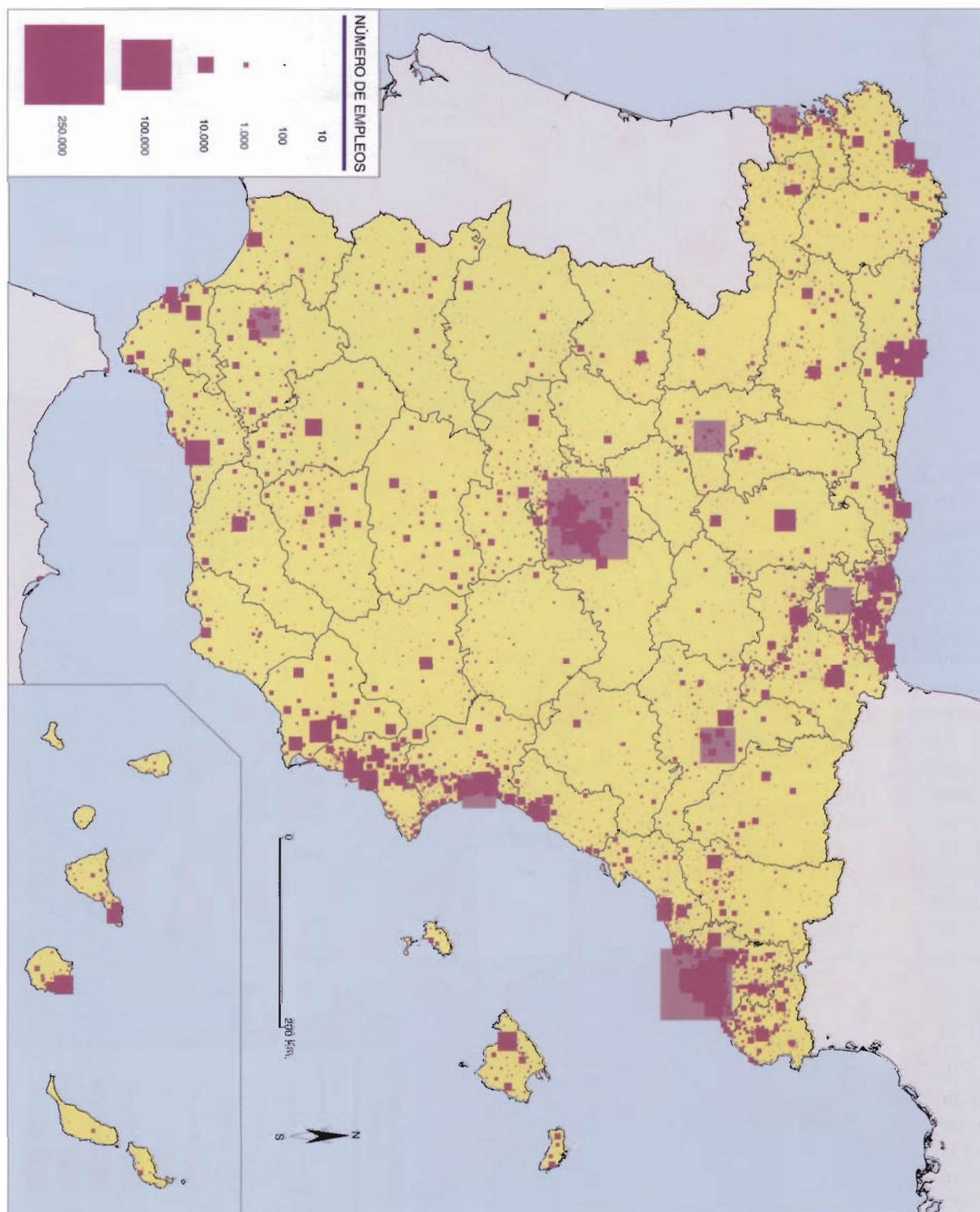


Fig. 4. Distribución municipal de los empleos en el sector industrial, en 1990.

En efecto, en la etapa citada, las únicas regiones que perdieron peso específico en la industria nacional fueron las cántabras (País, Vasco, Cantabria y Asturias), Cataluña y Baleares. Las primeras, muy especializadas en los sectores básicos que sufrieron los procesos de reconversión más duros llevados a cabo durante esa década, redujeron la participación de su empleo industrial en el total español en tres puntos porcentuales, lo que representaba casi el 20% de su potencial inicial. Cataluña, por su parte, también tuvo un crecimiento fabril inferior a la media española, sin embargo afrontó mejor la crisis y sólo perdió 0,7 puntos porcentuales, menos del 3% del peso que tenía en 1980.

Situación bien distinta fue la de las regiones interiores (Madrid, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Aragón y Extremadura). Su empleo industrial creció un 12,6%, cuatro veces más que la media del país, y fruto de ello fue que se elevara su participación en el total español en 2,4 puntos porcentuales. Es decir, un 10% del potencial que tenían al inicio de la década.

En parecidas condiciones se desarrolló el empleo industrial de las regiones litorales menos industrializadas, como Galicia, Andalucía, Murcia o Canarias. En conjunto su participación en el empleo industrial español se elevó en 1,3 puntos porcentuales (8% del potencial de partida), fruto de un crecimiento individual que siempre superó la media española. Especialmente significativo fue el caso de Galicia que tuvo la mayor tasa de creación de empleo industrial de España, un 20%.

La repercusión espacial de los cambios habidos en la localización de la industria durante la década de los ochenta pueden observarse con un cierto detalle en las figuras 4 y 5 que representan el número total de empleos y la densidad industrial de los municipios españoles en 1990 (Figuras 3 y 4), así como comparando dichos mapas con los que representan la misma situación en 1980.

Por regiones, los cambios más significativos pueden resumirse en los siguientes términos:

A. Galicia

En la década de los ochenta Galicia fue una de las regiones españolas que experimentó un mayor crecimiento industrial (PRECEDO LEDO, A. y otros, 1995). El empleo neto del sector creció un 19,6%, lo que supuso la incorporación de 25.000 nuevos trabajadores. Este crecimiento propició una cierta difusión espacial de la actividad, que dio lugar a que se incrementaran en diez los municipios que sobrepasaban el umbral de los 1.000

empleos industriales. Algunos de estos municipios, como Culleredo, Fene, Carballo o Cangas, ayudaban a consolidar la primacía de las dos áreas fabriles ya existentes en 1980 (La Coruña-El Ferrol, y Vigo). Otros, sin embargo, representaban a las nuevas áreas de desarrollo industrial que se habían generado a instancias, unas veces, del desarrollo de grandes empresas, como en los casos de As Pontes (central térmica) o Cervo y Xove (planta de producción de alúmina de San Ciprián), y, otras, de la aparición de ventajas comparativas derivadas de una buena localización y accesibilidad, como ocurría con Lalín o con la ría de Arosa, en la que a los núcleos ya existentes en 1980 con más de 1.000 empleos industriales (Villagarcía, Padrón) venía a sumársele el de Boiro.

B. Litoral Cantábrico

Las provincias del litoral cantábrico (Asturias, Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa), con casi 340.000 empleos industriales y una densidad de 17 empleos por km², seguían constituyendo uno de los conjuntos regionales más industrializados del país. Ahora bien, se trataba de un espacio en crisis, con un sector industrial muy especializado en procesos básicos de transformación de materias primas, poco competitivo, y sometido a un importante proceso de reconversión. Consecuencia de todo ello, es que, en tan sólo diez años, el área perdió más de 70.000 empleos (el 17,3%) y además dos municipios con más de 1.000 empleos industriales en las provincias de Vizcaya y Asturias y tres en las de Guipúzcoa y Cantabria.

Vizcaya fue la provincia que sufrió con más dureza los efectos de la crisis. Su empleo industrial se redujo un 25%, al tiempo que se veía sometido a un complejo proceso de relocalización. La margen izquierda del Nervión seguía siendo la mayor concentración industrial vizcaína, pero había perdido casi la mitad de sus empleos. Además, tan sólo uno de los municipios de esa zona seguía sobrepasando el umbral de los 10.000 empleos industriales, Bilbao. En contrapartida, cabe destacar la aparición de una nueva área de expansión industrial al norte de la ría, en el valle del río Asua, en donde se sitúan los municipios de Derio, Erandio, Sondica, Zamudio, etc, en la que se concentraba en torno a 10.000 empleos.

En Guipúzcoa la crisis supuso una reducción global del 18,4% del empleo industrial, pero ésta fue sensiblemente mayor en el área donostiarra. San Sebastián per-

CUADRO VIII. *Municipios de la provincia de Barcelona con más de 10.000 empleos industriales, en 1980*

Núcleos	Nº de empleos industriales	
	1980	1990
Barcelona	205.571	200.710
Badalona	18.408	18.177
Cornellá	10.060	8.793
Esplugues	10.958	8.384
Hospitalet	26.497	21.442
Mataró	18.316	13.974
Tarrasa	15.889	19.714
Sabadell	20.393	19.667

Fuente: INE. *Censo de locales*, 1980 y 1990.

dió casi 2.500 empleos industriales y los municipios periféricos de Rentería, Hernani, Pasajes y Usurbil el 46% de los suyos. Aunque algunos municipios interiores también se vieron muy sacudidos por la crisis (Eibar perdió el 39% de su empleo industrial, Azpeitia, y Legazpia el 28%, y Zumárraga el 41%), lo cierto es que estos últimos ganaron peso específico dentro del conjunto provincial en detrimento del área de la capital.

En Asturias, la crisis también fue muy profunda, afectando a los dos sectores básicos de la industria asturiana (siderúrgico y minero) y a las áreas tradicionales de asentamiento fabril: el espacio industrial situado en torno a las áreas portuarias de Gijón y de Avilés, donde se ubica la mayor parte de la industria pesada asturiana, y los valles mineros de Nalón y del Caudal. El primero perdió el 13% de su empleo industrial, el segundo el 14%. Con todo, los efectos de la crisis no fueron tan onerosos como en el País Vasco. En parte, porque el Estado impidió, por razones políticas, el desmantelamiento del sector minero; en parte también, porque el área de expansión de Oviedo, a medio camino entre las cuencas y los puertos, gozó de algunas ventajas comparativas que le permitieron crecer y crear algo más de 3.000 nuevos empleos industriales. Lo cierto es que tuvo lugar también aquí una cierta relocalización industrial que fortaleció la función industrial de la capital del Principado.

C. *El área industrial del valle medio del Ebro*

Las ventajas comparativas que tenía el valle medio del Ebro a principios de la década de los ochenta, se acrecentaron en el transcurso de la misma con la definitiva integración de España en la Comunidad Europea,

de manera que fue uno de los conjuntos regionales que experimentó mayores índices de crecimiento industrial. En el área metropolitana de Zaragoza los municipios que poseían más de 1.000 empleos industriales (Cuarte, Figueruelas, Utebo, Villanueva y Puebla) aumentaron sus efectivos totales en un 19%, debido en gran medida a las inversiones realizadas por la General Motors en Figueruelas; al tiempo que la ciudad de Logroño incrementaba los suyos en un 27%. Pero además un número importante de núcleos superó la barrera de los 1.000 empleos industriales: Mendavia, Peralta y Villatuerta, en Navarra; Alfaro, en La Rioja; y Cadrete, Calatayud y Ejea, en Zaragoza.

D. *Álava y Navarra*

Las provincias de Álava y Navarra, y específicamente sus capitales, siguieron con la misma tónica que las había caracterizado durante las décadas anteriores. En la primera, la mayor parte del empleo (68%) siguió concentrado en la capital, Vitoria, que, sin embargo, perdió algunos empleos industriales. En la segunda, se continuó con el proceso de formación de una corona industrial en los alrededores de Pamplona que fue absorbiendo de forma progresiva la industria que iba siendo expulsada de la capital (FERRER REGALES, M., 1995). Así aunque el término municipal de ésta última perdió 500 empleos, su aglomeración urbana ganó algunos más.

E. *Cataluña*

La crisis de los setenta fue, sobre todo, industrial y, por esa razón, afectó con más fuerza a las regiones más industrializadas, que debieron someterse, durante la década de los ochenta, a un importante proceso de reestructuración. A pesar de todo, Cataluña consiguió salir ilesa de ese proceso (SÁNCHEZ, J. E., 1995) y en 1990 tenía prácticamente el mismo empleo industrial que diez años antes, incluso lo había aumentado en un 0,4%. A lo que sí afectó la reestructuración fue a la distribución regional de la industria: mientras Barcelona perdió 8.000 empleos, Gerona los mantuvo estables en torno a 53.000, Lérida ganó unos 4.000, con un crecimiento del 18%, y Tarragona algo más de 6.000 (16%).

La incidencia de la crisis en la provincia de Barcelona fue mayor que en ningún otro lado y ello dio lugar a ciertos cambios en las pautas de localización que habían sido tradicionales hasta entonces. Los efectos de la

crisis se dejaron sentir con mayor intensidad en algunos asentamientos tradicionales, como Igualada o Manresa, que perdieron, respectivamente, el 19% y el 30% del empleo, y sobre todo en el área de la capital, en la franja costera que se extiende desde Gavá a Mataró. Todos los municipios situados aquí con más de 10.000 empleos industriales (Barcelona, Badalona, Cornellá, Esplugues, L'Hospitalet y Mataró) vieron mermados sus efectivos, y también la mayoría de los que tenían más de 5.000 (Gavá, Sant Boí, Sant Adriá, y Sant Joan Despí). Tan sólo consiguió aumentarlos el Prat. (Cuadro VIII).

En contrapartida la industria se expandió con fuerza en la comarca del Vallés en la que hubo un fuerte aumento del empleo. Entre los municipios que poseían allí más de 5.000 empleos tan sólo Sabadell y Granollers tenían unos pocos menos que en 1980; el resto (Terrassa, Castellbisbal, Rubí, San Quirze, Barberá, Montcada, Santa Perpetua o Paret) los había aumentado. Especialmente significativos fueron los casos de San Quirze, Barberá, Terrassa y Rubí, pues incrementaron sus efectivos en más de 3.000 unidades cada uno.

En suma, en la provincia de Barcelona, la reestructuración económica dio lugar a una redistribución de la industria que se trasladó desde las inmediaciones de la capital y desde los valles tradicionales hacia la periferia de la capital, en concreto hacia la comarca del Vallés, que incrementó de forma notable su participación en el empleo global de la provincia. En concreto, los municipios vallesanos que tenían en 1990 más de 5.000 de empleos concentraban, en ese año, el 13,4% del empleo industrial barcelonés, y, sin embargo, diez años antes sólo disponían del 11%. (Cuadro IX).

F. La Comunidad Valenciana

Valencia no fue una de las regiones industrializadas más afectadas por la crisis de los setenta. En la década de los ochenta consiguió, incluso, incrementar su empleo industrial en un 3%. Incremento que fue acompañado, como también ocurrió en otras regiones, de una cierta redistribución de la actividad fabril. La provincia de Castellón, con un crecimiento del 17%, fue la más beneficiada y aumentó su participación en el conjunto regional en un punto y medio, dejándola situada en el 12,5%. La de Alicante, por su parte, fue la más afectada por la crisis; tuvo unas pérdidas superiores al 6%, redujo en tres puntos su participación, y pasó a concentrar algo menos del 29%. Por último, la de Valencia, con un

CUADRO IX. Otros municipios de la provincia de Barcelona con más de 5.000 empleos industriales, en 1990

Núcleos	Empleos industriales	
	1980	1990
Barberá	3.485	7.576
Castellbisbal	3.894	5.719
Granollers	7.068	6.943
Igualada	9.059	7.366
Manresa	9.512	6.595
Montcada	7.072	7.468
Parets	4.415	5.484
Prat	8.897	10.044
Rubí	8.663	11.673
S. Adrián	7.926	6.714
S. Boí	8.131	8.033
S. Joan Despí	5.811	5.086
Sta. Perpetua	5.625	6.759
S. Quirze	2.730	5.642

Fuente: INE. *Censo de locales*, 1980 y 1990.

comportamiento un poco mejor que el del conjunto de la Comunidad (5%), reforzó su posición de privilegio, llegando a concentrar en torno el 59% del empleo regional.

La comarca más industrializada de la Comunidad Valenciana siguió siendo el área metropolitana de la capital, que ganó 10.000 empleos, y ello a pesar de que el término municipal de Valencia perdiera 1.500. También tuvieron una dinámica positiva los espacios situados al norte y al sur de dicha área, el entorno de Castellón y la comarca de la Ribera, con aumentos de mano de obra de en torno al 20%. En el lado opuesto, el crecimiento tuvo signo negativo en el valle del Albaida (pérdidas superiores al 20%) y en la práctica totalidad de los municipios alicantinos, si exceptuamos a la capital y a los situados en la vega del Segura. Muy significativos fueron los efectos de la crisis sobre el primero (Elche) y sobre el tercero (Alcoy) de los municipios industriales alicantinos, ya que en ambos casos las pérdidas fueron superiores al 25%.

G. Murcia

Amparada en el desarrollo del regadío y en un dinámico sector agroalimentario, la región de Murcia fue una de las que tuvo un mayor desarrollo fabril durante la década de los ochenta, con un ritmo de crecimiento del empleo muy cercano al 25%. Y ello a pesar de la crisis de la industria pesada cartagenera que perdió el 34% de

sus efectivos. Este desarrollo permitió el fortalecimiento de la industria situada en el área metropolitana de la capital (Murcia, Alcantarilla, Molina y Torres), que incrementó su mano de obra en casi 5.000 unidades, pero también sirvió para que se consolidara el proceso de difusión industrial en el área de la Huerta. Todos los municipios situados en ella con más de 1.000 empleos industriales ampliaron sus efectivos durante la década. Además a los antiguos núcleos se sumaron otros nuevos que alcanzaron ese umbral de empleo, como Abarán, Caravaca, Cehegín, Mula y Torres de Cotillas.

H. Andalucía

Como ocurrió en otras regiones poco industrializadas, la década de los ochenta fue favorable para la evolución del empleo industrial andaluz, que aumentó un 8%, por encima de la media nacional. La particularidad del caso estriba en que este crecimiento no potenció el papel predominante que ya tenían las mayores aglomeraciones urbanas y las capitales de provincia, ni tampoco el de otros municipios grandes, dándose una cierta difusión del fenómeno industrial. La mayor parte de los nuevos empleos del sector se crearon en los municipios que tenían menos de 1.000 y también en los situados en la periferia de las mayores aglomeraciones urbanas. En ambos casos el crecimiento del empleo rondó el 16%, el doble de la media regional.

En contrapartida, las capitales de provincia sólo pudieron mantener a duras penas su empleo (en realidad perdieron 200), y el conjunto de los municipios de más de 1.000 empleos sólo creció a un ritmo del 4%, la mitad de la media regional y cuatro veces menor que el de los dos conjuntos citados con anterioridad. Consecuencia de todo ello fue que, durante la década de los ochenta, los municipios de más de 1.000 empleos industriales, y las capitales de provincia, perdieran parte de su participación en el empleo industrial regional. En el primer caso descendió desde el 70%, en 1980, al 66,6%, diez años después; en el segundo, desde el 42% al 38,6%.

A pesar de todo, las mayores concentraciones industriales andaluzas seguían siendo las áreas metropolitanas de Sevilla (46.000 empleos), de la bahía de Cádiz (31.000) y de Málaga (25.000). A mucha distancia las seguían las existentes en Córdoba, Granada y Huelva, cada una de ellas con unos 11.000 empleos. Ningún otro asentamiento industrial, excepto Linares (5.600 empleos), llegaba a los 5.000 empleos, y tan sólo Almería y Jaén, sobrepasaban los 3.500.

I. La España interior

Entre 1980 y 1990 el empleo industrial de las regiones interiores españolas creció a un ritmo muy superior a la media nacional (en torno al 10%), pero ello no fue suficiente para transformar el modelo de distribución industrial heredado del pasado. Así, se mantenía la dualidad existente diez años antes. Por un lado se encontraba el emporio económico representado por el área metropolitana madrileña, que creció a un ritmo superior a la media (12%); por otro, un gran desierto industrial salpicado de pequeños oasis. En él, sólo Valladolid y Burgos concentraban más de 10.000 empleos industriales.

A diferencia de lo ocurrido en otras áreas metropolitanas, especialmente la de Barcelona, el desarrollo madrileño afectó a toda la provincia, tanto al término municipal de la capital, cuyo empleo aumentó en un 6,1%, como a los municipios situados en su corona industrial. El empleo del sector creció en todos los municipios que tenían más de 1.000 empleos en 1980, excepto en los de Alcalá, Alcobendas y San Sebastián de los Reyes.

Las diferencias comarcales quedaron reducidas a los ritmos con que cada una de ellas fue capaz de crear empleo. En el corredor del Henares, a pesar de la crisis de Alcalá, el empleo aumentó por encima de la media provincial (12,6%); y especialmente significativo fue el crecimiento de los municipios del sur situados entre las carreteras de Andalucía y Extremadura (27,4%). También tuvieron un fuerte auge los núcleos de Arganda, sobre la carretera de Valencia, y Colmenar, en el norte. Por el contrario, el continuo urbano formado por Alcobendas y San Sebastián de los Reyes perdió un tercio de su empleo (Cuadro X). La consecuencia de todo ello fue el reforzamiento de la función industrial de los municipios del sur, que elevaron su participación en el empleo regional desde el 14% al 16%.

Exceptuada Madrid, la industria del interior peninsular incrementó sus efectivos humanos en un 10%, si bien de forma muy dispar en cada una de las Comunidades. Mientras la submeseta septentrional creció al mismo ritmo que la media, Extremadura lo hizo sensiblemente por debajo (6%), y Castilla-La Mancha por encima (12,4%). Además, en este último caso, fueron muy diferentes los comportamientos de Toledo y del resto de la región. La provincia citada, parte de cuyo territorio está integrado en el área de expansión de Madrid, vio como su empleo industrial alcanzaba una tasa de crecimiento del 37%; por el contrario, Albacete, Cuenca, Ciudad Real y Guadalajara juntas sólo pudieron mantener a duras penas el suyo.

CUADRO X. *Municipios del sur de Madrid y del corredor del Henares con más de 1.000 empleos industriales, en 1990*

Municipios del sur			Corredor del Henares		
	1980	1990		1980	1990
Alcorcón	3.655	3.832	Alcalá	14.547	10.864
Fuenlabrada	8.796	12.937	Ajalvir	-	2.181
Getafe	11.461	11.923	Algete	-	1.139
Leganés	5.822	8.332	Coslada	4.701	5.252
Móstoles	6.569	7.866	Daganzo	-	1.245
Pinto	4.786	5.216	S. Fernando	4.000	5.317
Parla	-	1.443	Torrejón	10.330	11.804
Valdemoro	2.458	2.990			
Humanes	3.108	5.465			
Aranjuez	3.154	3.445			
Total	49.809	63.449		33.578	37.802

Fuente: INE. *Censo de locales*. 1980 y 1990.

Por municipios, se mantenía la primacía de Valladolid y Burgos, con 39.000 y 18.500 empleos industriales respectivamente, seguidas a mucha distancia de León, Palencia y Albacete que tenían en torno a 7.000. Ningún otro núcleo alcanzaba los 5.000 empleos. Es más sólo superaban los 2.000 el resto de las capitales de provincia y otros seis más: Aranda, Ponferrada, Almansa, Puerto llano, Azuqueca y Tomelloso.

J. Las Islas

El comportamiento industrial de las dos Comunidades isleñas españolas fue muy distinto durante el período analizado. Baleares mantuvo prácticamente estable su nivel de empleo, Canarias, sin embargo, lo incrementó en un 16%. Por otro lado, en Baleares aumentó la concentración existente en Palma, ya que al crecer ésta a un ritmo superior a la media de la Comunidad pudo elevar su participación en el empleo regional en ocho puntos porcentuales. Por el contrario, en Canarias Las Palmas y Santa Cruz crecieron más despacio que el conjunto de las islas y su participación en el empleo industrial se redujo en casi cuatro puntos.

V CONCLUSIONES

En 1990 el empleo industrial español estaba repartido de forma muy desigual entre los distintos municipios y Comunidades Autónomas que configuraban el territorio nacional, lo que daba lugar a contrastes muy fuertes

entre unas regiones y otras. De entre ellos lo más destacados eran los existentes entre las regiones cantábricas y mediterráneas, por un lado, y las interiores y las meridionales, por otro. En las primeras existían importantes concentraciones industriales de ámbito supramunicipal, que se habían ido gestando a lo largo de las muchas décadas que ya duraba su proceso de industrialización, las cuales alcanzaban su máxima extensión en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Barcelona y Valencia. En las segundas la industria estaba mucho más concentrada en un reducido número de municipios (Madrid, Zaragoza, Sevilla, Valladolid, Burgos), bien visibles en los mapas que representan la densidad del empleo industrial tanto por el color intenso que los caracteriza como por el contraste con el color tenue que poseen la inmensa mayoría de los municipios restantes, representativo de sus bajas densidades.

Esta distribución desigual era una de las consecuencias espaciales más importantes de la lógica del capital que se fue imponiendo en nuestro país a medida que se consolidaba un modelo económico basado en el libre mercado y en el funcionamiento de las leyes de la competencia perfecta. Era, pues, el resultado del largo proceso de industrialización iniciado hace más de ciento cincuenta años, pero sobre todo de lo acontecido durante la etapa álgida del mismo que se extendió entre 1955 y 1975, aproximadamente. A partir de 1980, por el contrario, la tendencia concentradora se ha atenuado, tanto a nivel regional como a nivel intrarregional.

En el primer caso, la atenuación estuvo impulsada por el mayor crecimiento relativo de las Comunidades

menos industrializadas. Éstas se vieron poco afectadas por la crisis iniciada en los primeros años de la década de los setenta, y además quedaron al margen de los procesos de reconversión que se llevaron a cabo durante la década de los ochenta, los cuales supusieron la pérdida de miles de puestos de trabajo todos ellos en las regiones más industrializadas.

Por su parte, la atenuación de los desequilibrios intra-regionales debe ser explicada en relación con dos tipos de fenómenos que aunque tienen características distintas provocaron los mismos efectos en la lógica que dirige el

comportamiento espacial de la actividad industrial. Nos estamos refiriendo a la elevación del precio del suelo en las aglomeraciones urbanas y a los procesos de ajuste que utilizaron la descentralización productiva como camino para recuperar la competitividad perdida. Ambos tipos de fenómenos impulsaron una cierta difusión espacial del empleo industrial ya que, por un lado, redujeron los efectivos totales de las industrias instaladas en los términos municipales de carácter urbano y, por otro, elevaron el de los municipios situados en las inmediaciones de las áreas más desarrolladas de cada región.

Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación nº Ps94-0145, financiado por la DGICYT.

B I B L I O G R A F Í A

ALONSO FERNÁNDEZ, J.: *La nueva situación regional*. Ed. Síntesis, Madrid, 1991, 166 págs.

ALCAIDE INCHAUSTI, J.: «Las cuatro Españas económicas y la solidaridad regional», en *Economía regional: Hechos y tendencias*, Ed. CECA, Madrid, Madrid, 1988.

ANES, R.: «Límites de la primera industrialización en Asturias» en *Lecciones de Economía Española*, págs. 252-266, Ed. Civitas, Madrid, 1995.

BIELZA DE ORY, V. y otros: *Territorio y Sociedad en España II. Geografía Humana*. Ed. Taurus, Madrid, 1989, 413 págs.

BUESA, M. y MOLERO, J.: *Estructura industrial de España*. Ed. FCE, Madrid, 1988, 288 págs.

BUSTOS GISBERT, M. L., y PASCUAL RUIZ-VALDEPEÑAS, H.: «La industria en Castilla y León», en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 449-476, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

CARAVACA BARROSO, I.: «Industrialización y desarrollo en Andalucía» *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 387-414, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

CARRERA SÁNCHEZ, M. C.: «Dinamismo reciente de una región periférica en el sistema industrial español: Castilla-La Mancha» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 477-504, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

CARRERAS, A.: *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1990, 220 págs.

CECA: «Economía regional: Hechos y tendencias». *Papeles de economía española*, nº 34. Ed. CECA, Madrid, 1988.

CLIMENT LÓPEZ, E. A.: «La Rioja: un ejemplo de industrialización mayoritariamente endógena» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 223-240, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

CLIMENT LÓPEZ, E. A. y ALONSO LOGROÑO, P.: «El desarrollo industrial en Aragón, consecuencia de una situación estratégica», *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 241-260, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

CUADRADO ROURA, J. R.: «Tendencias económico-regionales antes y después de la crisis en España», en *Economías española: Hechos y tendencias*, págs. 62-81, Ed. CECA, Madrid, 1988.

CUADRADO ROURA, J. R. y RÍO GÓMEZ, C. del: *Los servicios en España*, Ed. Pirámide, Madrid, 1993, 190 págs.

ETXEZARRETA, M.: *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*. Ed. Icaria, Barcelona, 1991, 768 págs.

FERNÁNDEZ CUESTA, G.: «Sobre las causas de los desequilibrios económicos territoriales», en *Ería*, nº 18, 1989, págs. 35-50.

FERNÁNDEZ CUESTA, G. y FERNÁNDEZ PRIETO, J. R.: «El comportamiento espacial de los servicios a las empresas: el ejemplo de Asturias», en *Ería*, nº 31, 1993, págs. 143-158.

FERNÁNDEZ CUESTA, G. y FERNÁNDEZ PRIETO, J. R.: «El sistema urbano asturiano», en *Ería*, nº 26, Oviedo, 1991, págs. 217-227.

FERNÁNDEZ CUESTA, G.: «Algunas ideas sobre la lógica espacial del capital», en *Ería, revista de Geografía*, nº 34, 1994, págs. 132-150.

FERRER REGALES, M.: «La segunda generación de regiones industriales: Navarra», en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 195-222, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

FUENTES QUINTANA, E.: «Tres decenios largos de la economía española en perspectiva», en *España, Economía*, págs. 1-142, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1993.

GAMIR, L. y otros: *Política económica de España*, 2 tomos, Alianza Universidad, Madrid, 1980, 999 págs.

GARCÍA DELGADO, J. L.: «La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo», en *La economía española en el siglo XX*, págs. 164-190, Ed. Ariel, Madrid, 1987.

GARCÍA DELGADO, J. L. y otros: *Economía española: de la transición a la democracia*. Ed. CIS, Madrid, 1990, 600 págs.

GARCÍA DELGADO y otros: *España, Economía*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1993, 1.365 págs.

GARCÍA DELGADO, J. L.: *Lecciones de Economía Española*, Ed. Civitas, Madrid, 1995, 640 págs.

GARCÍA DELGADO, J. L.: «Etapas y rasgos definidores de la industrialización española», en *Lecciones de Economía Española*, págs. 21-49, Ed. Civitas, Madrid, 1995.

GEOGRAFÍA DE ESPAÑA: *Geografía de España*, Ed. Planeta, 10 tomos, Barcelona, 1990.

GEORGE, P.: *Geografía Económica*, Ed. Ariel, Barcelona, 1976, 362 págs.

GIL MESEGUER, E. y GÓMEZ ESPÍN, J. M.: «La industria en la región de Murcia» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 371-386, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

GIL QUINDOS, J. M.: «Extremadura: una región marginal desde el punto de vista industrial» en *Cambio industrial y de-*

sarrollo regional en España, págs. 505-525, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

GÓMEZ MENDOZA, A.: «Transportes y crecimiento económico (1830-1930)», en *La modernización económica de España*, págs. 102-121, Alianza Universidad, Madrid, 1985.

GONZÁLEZ URRUELA, E.: «Cantabria: un modelo de industrialización en crisis» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 147-168, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

JIMÉNEZ BLANCO, J. I.: «Introducción», en *Historia agraria de la España contemporánea, tomo 3, el fin de la agricultura tradicional*, págs. 9-141, Ed. Crítica, Madrid, 1986.

LINDE, L. M.: «La profundización de la crisis económica: 1979-1982», en *Economía española: de la transición a la democracia*, págs. 35-58, Ed. CIS, Madrid, 1990.

MANERO MIGUEL, F.: «Cambio industrial y reorientación estratégica del desarrollo regional», en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, págs. 25-46, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995.

MANERO, MIGUEL, F.: y PASCUAL, M^a H.: «La industria y los espacios industriales», en *Territorio y Sociedad en España II*, págs. 225-287, Ed. Taurus, Madrid, 1989.

MALUQUER, J.: «La revolución industrial en Cataluña», en *Lecciones de Economía Española*, págs. 199-226, Ed. Civitas, Madrid, 1995.

MARTÍN ACEÑA, P. y COMIN, F.: *INI: 50 años de industrialización en España*. Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1991, 684 págs.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R.: *Las actividades industriales*. Ed. Síntesis, Madrid 1988, 183 págs.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R.: «Las actividades industriales», en *Geografía de España*, tomo 2, págs. 73-230, Ed. Planeta, Barcelona, 1990.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R. y CARAVACA BARROSO, I.: *Procesos de reestructuración industrial en las aglomeraciones metropolitanas españolas*. Ed. MOPT, Madrid, 1993, 232 págs.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R.: *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, 551 págs.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R.: «La nueva industria en la Comunidad de Madrid» en *Cambio industrial y desarro-*

llo regional en España, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 415-448.

MÉNDEZ GUTIÉRREZ DEL VALLE, R.: «Industria en Canarias: la crisis de un modelo sustitutivo de importaciones» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 525-546.

MÉNDEZ, R. y MOLINERO, F.: *Geografía de España*, Ed. Ariel, Madrid, 1993, 759 págs.

MORALES MATOS, G.: «La siderurgia asturiana», en *BIDEA*, nº 88-89, 1976, págs. 309-430.

MYRO, R.: «Crecimiento económico y cambio estructural desde 1960», en *Lecciones de Economía Española*, págs. 49-75, Ed. Civitas, Madrid, 1995.

NADAL, J.: *El fracaso de la revolución industrial en España*, Ed. Ariel, Madrid, 1990, 314 págs.

NADAL, J; CARRERAS, A; y SUDRIA, C.: *La economía española en el siglo XX*. Ed. Ariel. Madrid, 1987, 380 págs.

PASCUAL RUIZ-VALDEPEÑAS, H.: *Reconversión y reindustrialización en España, los nuevos dinamismos espaciales*. Ed. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1993, 304 págs.

PRECEDO LEDO, A., VILLARINO PÉREZ, M. y DOVAL ADAN, A.: «Galicia: una región emergente», en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 93-112.

QUINTO, J. de: *Política industrial en España, un análisis multisectorial*. Ed. Pirámide, Madrid, 1994, 205 págs.

QUIRÓS LINARES, F.: *Las ciudades españolas en el siglo XIX*. Ed. Ámbito, Salamanca, 1991, 315 págs.

ROJO, L. A.: La crisis de la economía española, 1973-1984, en *La economía española en el siglo XX*, págs. 190-200, Ed. Ariel, Madrid, 1987.

SALOM CARRASCO, J. y ALBERTOS PUEBLA, J. M.: «La industria en la Comunidad Valenciana» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 303-336.

SÁNCHEZ, J. E.: «Cataluña: terciarización sin desindustrialización» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 261-302.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N.: *La modernización económica de España, 1830-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1985, 343 págs.

SEGUI PONS, J., PICORNELL BAUZA, C., y MORRO PRATS, A.: «La industria en las Islas Baleares» en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 337-360.

SEGURA, J.: «Del primer Gobierno socialista a la integración en la CEE: 1983-1985», en *Economía española: de la transición a la democracia*, págs. 59-80, Ed. Cis, Madrid, 1990.

TORRES ENJUTO, M^a C.: «La industria en el País Vasco: reconversión y nuevas trayectorias», en *Cambio industrial y desarrollo regional en España*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1995, págs. 169-194.

TORTELLA, G.: *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, 429 págs.

TRULLEN I THOMAS, J.: *Fundamentos económicos de la transición política española*, Ed. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1993, 363 págs.

VÁZQUEZ BARQUERO, A.: *Desarrollo local: una estrategia de creación de empleo*. Ed. Pirámide, Madrid, 1988, 158 págs.

VILLAVERDE CASTRO, J.: *Los desequilibrios regionales en España*. Ed. Instituto de Estudios Económicos. Madrid, 1991, 333 págs.

FUENTES

BANCO DE BILBAO: *Renta Nacional de España, y su distribución provincial*. Serie homogénea, 1955-1975.

EL PAÍS. *Anuario*, varios años.

INE: *Anuario Estadístico de España*, varios años.

INE: *Censo de Locales, 1980*. En soporte informático y papel.

INE: *Censo de Locales, 1990*. En soporte informático y papel.

INE: Población de los actuales términos municipales. 1900-1981.

INE: Nomenclator de España. 1991.